

## Quevedo y los santos

Santiago Fernández Mosquera

Universidade de Santiago de Compostela

Habiendo ofrecido, diez años después de la muerte de Don Francisco, abrir la bóveda para otro entierro, quisieron algunos caballeros curiosos mirar su cuerpo; y abriendo el ataúd, le hallaron entero, y sin lesión, ni corrupción alguna, con grande admiración de todos. Y si bien esto no es señal cierta de santidad ... empero el cadáver, que se conserva entero, sin haber precedido diligencia humana, ni concurrido alguna causa natural a que se pueda atribuir, merece alguna atención.<sup>1</sup>

Estas palabras de Tarsia, dedicadas al propio Quevedo, así como algunos hechos cuasi prodigiosos relacionados directamente con el escritor y narrados en la misma biografía, dibujan una imagen beatífica del poeta: un Quevedo santo; un Quevedo santificado en la medida en la que santificó él mismo a otros autores o personajes ejemplares. Se trata de un proceso común en la cultura del xvii del que participa Quevedo en la doble dirección: el escritor que narra para santificar y ser él protagonista último de dicha santificación. Ya se ha señalado la técnica de escritura hagiográfica empleada por Tarsia para relatar la vida del poeta, la misma que el propio Quevedo empleará para la santificación de sus biografiados<sup>2</sup>. Los que la han juzgado excesiva para Quevedo<sup>3</sup>, no han tenido en cuenta la técnica biográfica sino las verdades de una

<sup>1</sup> *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas ... escrita por el Abad don Pablo de Tarsia*, pp. 158-159.

<sup>2</sup> «Perfectamente consciente de que no posee la misma abundancia de datos para cada etapa de la vida de su biografiado, rechaza un criterio rigurosamente cronológico en la disposición del material, prefiriendo una estructura de tipo temático según el modelo de las biografías grecorromanas de varones ilustres o de los relatos hagiográficos, en donde los sucesos, en su tensión por convertirse en “ejemplos”, se ordenan sistemáticamente alrededor de ejes ideológicos predeterminados» (Martinengo, 1982, p. 61).

<sup>3</sup> Astrana Marín escribió una conocida frase sobre la actitud hagiográfica de Tarsia: «¡Sólo le hubiera faltado al biógrafo pedir la canonización de Quevedo!» (Quevedo, *Obras Completas, Verso*, ed. 1932, p. 803). Se trata de una de sus abundantes y vehementes notas sobre el trabajo anterior de otros que se

biografía positivista e histórica. Tal vez el propio Tarsia no buscaba tanto la precisión del dato como el ejemplo de una vida ilustre mediante una mixtificación de modelos grecorromanos y estrictamente hagiográficos<sup>4</sup>.

Francisco de Quevedo, descrito como santo en su primera biografía, había dedicado una parte no desdeñable de su obra a relatar vidas de santos y vidas de varones ejemplares. Fue sin duda una actitud que se agudizó en los últimos años de su vida y que formó parte de un programa personal explícito y previo que ideó el escritor, aunque no lo llegó a completar. Hacia octubre de 1642, cuando finaliza el último cuaderno de *Providencia de Dios* (aunque la dedicatoria sea de 1641), Quevedo remató el tratado con un optimista y significativo párrafo, dada su situación vital y personal en aquellos momentos:

Yo, pues, para mostrar por dónde vino en los hombres la divina Providencia a los fines de su justificación, haré anatomía de algunas vidas de los más ilustres y considerables: la de Adán, primer hombre; la de Saúl, primer rey del pueblo de Dios; la de Salomón, el rey más sabio y rico. Por la gentilidad, la de Alejandro Magno, la de Aníbal, la de Julio César. Por el Testamento Nuevo, Judas, el Buen Ladrón, San Pablo. Por el estado político, la república de Roma, la monarquía de Roma, la tiranía de Roma. Últimamente, Roma desquitada y enmendada; y restituida, de esclava, a universal señora de las gentes por los santísimos sucesores de San Pedro.

Descubriré en tan esclarecidos cadáveres tantas advertencias como partes y fibras, y dejaré para mayor enseñanza en los huesos el bulto que opaco los escondía.<sup>5</sup>

De ese proyecto fueron llevadas a cabo las vidas de San Pablo y de Marco Bruto, la cual, por cierto, no figura explícitamente en la lista de personajes ejemplares aunque sí inserta en su preocupación romana. Parece claro, entonces, que Quevedo pensaba en un mismo modelo tanto para varones ilustres como para santos, como finalmente se puede comprobar en su *La caída para levantarse* y su *Primera parte de la vida de Marco Bruto*, ambas finalizadas hacia 1644<sup>6</sup>.

No ha de ser casual que al final de su vida, con un pie en la cárcel y otro en el estribo, Quevedo proyecte y logre escribir varias vidas ejemplares, varias vidas de «santos», cristianos o paganos<sup>7</sup>. En este grupo, además, habrá de incluirse otra obra de

ocuparon de Quevedo y a quienes dedica algunas poco felices, sobre todo cotejando ahora muchos de los datos de su *Vida turbulenta de Quevedo*. Esta falta de objetividad de Tarsia también es señalada, en bastantes ocasiones, por Felipe B. Pedraza en su prólogo a la oportuna edición facsimilar *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, por quien citamos. Dice el editor: «Enamorado de la imagen ideal de su biografiado, Tarsia niega todo lo que contradiga la gravedad, la bondad y la dulzura de este nuevo San Francisco que ha forjado en su mente» (p. xx). Pero, según reconoce el propio Pedraza, Tarsia no se contradice ni equivoca el género cuando su intención es «clarísima: mostrar en Quevedo un santo varón, ejemplo de virtudes y tocado por el halo de la santidad» (p. xxvi).

<sup>4</sup> Sobre el rigor histórico y biográfico, véase, últimamente, la biografía de Jauralde, 1998.

<sup>5</sup> Francisco de Quevedo, *Providencia de Dios*, en *Obras Completas, Prosa*, ed. 1986, p. 1617.

<sup>6</sup> Escribe Nider en la introducción a su edición de *La caída para levantarse*, p. 15: «Questo passo, oltre a costituire un'interessante testimonianza dell'ampio contesto nel quale l'autore pensava di collocare la *Caída para levantarse*, di fatto indica anche una serie di personaggi storici e biblici sui quali era focalizzato il suo interesse e che, se non furono oggetto di singole opere, tendevano a preconstituire un repertorio di exempla assai meditato e personale».

<sup>7</sup> Jauralde, 1982.

la misma época *La constancia y paciencia del Santo Job*, probablemente reescrita y finalizada en este período de la última prisión<sup>8</sup> en la que se identifica, de paso, con el personaje bíblico, como bastantes años antes había hecho su admirado Fray Luis de León, también desde las cárceles, esta vez de las de la Inquisición. Por otra parte, no habrá que desdeñar la recurrencia presente de la intertextualidad concreta o la más general reescritura con gran parte de su poesía religiosa, tal vez revisada por Quevedo también en estos últimos años.

Sin embargo, que se haga expresa dicha declaración en *Providencia de Dios* —finalmente reescrita y completada en los últimos años de la cárcel— no significa que casi desde sus primeros escritos muchas de estas preocupaciones hagiográficas no estuvieran ya presentes en su obra. Quevedo, al menos desde que sus inclinaciones religiosas y neoestoicas fueron parte fundamental de su vida, tuvo siempre presentes a figuras como San Pablo y San Esteban, muy ligado obviamente a éste último, a Job, y también a Francisco de Sales o a Fray Tomás de Villanueva, por poner ejemplos de santos del Antiguo y Nuevo Testamento y personajes que terminaron obteniendo la canonización de la Iglesia.

Este interés puede seguirse con la presencia de dichos personajes en su prosa<sup>9</sup> y su coincidencia con parte de su obra en verso. Como se sabe, la poesía destinada a la alabanza de algunos santos o personajes bíblicos admirados por Quevedo —porque el tema religioso también puede encontrarse con el moral— se publica preferentemente en *Las Tres Musas* (1670) bajo la adscripción de *Urania*. Otros textos de tono más íntimo son los que configuran el cancionero *Heráclito cristiano* (1613) y, más adelante, *Lágrimas de un penitente*, que recogen poemas del primero, aunque el carácter personal y reflexivo no favorezca el protagonismo hagiográfico. Dedicó poemas a Jeremías (B164)<sup>10</sup>, Santiago y Juan (B166), Simón Cirineo (B169), San Lorenzo (B177), San Raimundo —en portugués— (B180), dos a San Esteban (B186 y B194), a San Pedro (B187), a la Magdalena (B193) y un romance a Job (B195). Los protagonistas de estos textos declaran el interés del poeta por ciertos personajes bíblicos o santos a lo largo de su obra.

Por otra parte, algunos poemas delatan su carácter circunstancial, hijos de certámenes o celebraciones más o menos castizas. Este origen, al menos en parte, corresponde a obras también en prosa como el *Epítome de la vida de Santo Tomás de Villanueva*, la inacabada vida del mártir jesuita Marcelo Mastrili o la misma traducción de la *Introducción a la vida devota* de Francisco de Sales. El soneto dedicado a San Lorenzo, publicado en *Las Tres musas* (1670) y sin fechar, obedece a la exaltación nacionalista de un santo muy español: «Arde Lorenzo y goza en las parrillas» (B 177), buen ejemplo del llamado «conceptismo sacro», aunque sin caer en los excesos de Ledesma o Lope («y en alimento a su verdugo ofrece / guisadas del martirio, sus costillas», vv.7-8). Otro soneto de composición inducida es, sin duda, el que dedica a

<sup>8</sup> Sobre la reescritura de *La constancia y paciencia del Santo Job* en la prisión leonesa puede verse, ahora, mi trabajo de 2000.

<sup>9</sup> Es significativo el «Índice onomástico» de las *Obras Completas, Prosa*, ed. 1986, en el que se recogen las referencias a los distintos santos citados por Quevedo, pp. 1950-1952.

<sup>10</sup> Todas las referencias a sus poesías están tomadas de la edición de Blecua, *Poesía original completa* (en adelante B, seguido del número del poema y, eventualmente, de la indicación de los versos).

San Raimundo en portugués («Se casto ao bom Joseph nomea a fama»), como exigía el certamen al que probablemente fue presentado, según indica el epígrafe del texto. El soneto tal vez haya sido compuesto hacia principios del xvii (ca. 1601-1603) según referencias de Blecua (p. 178) y de Crosby<sup>11</sup>.

El interés de Quevedo por ciertos personajes bíblicos y santos se mantiene durante toda su vida, como ya hemos señalado. Un claro ejemplo es el texto que dedica a Job en el comienzo del *Sueño de la muerte*, escrito, por lo tanto, antes de 1622. Ese mismo romance «Viéndose Job afligido»<sup>12</sup>, con alguna variante, aparecerá publicado en *Las Tres Musas* (1670). Este aprecio por la figura de Job es bien temprana, pero volverá a aparecer con indudable protagonismo en *Virtud militante*<sup>13</sup>, *La caída para levantarse* y, claro, en *La constancia y paciencia del Santo Job*. En *La caída*, la comparación entre Job y Pablo es muy significativa porque encarece la virtud del Apóstol de los Gentiles:

Veis aquí un Job tantas veces multiplicado en Pablo: cuántos pasos dio rodeando la tierra, cuántas leguas anduvo navegando los mares; a quien contrastan todos los elementos, todas las ciudades y pueblos, no sólo tres amigos, sino todas las gentes, combatido y robado de los suyos propios, de falsos hermanos, del poblado y de la soledad. Pongérese cuánto más horrible estancia es para una vida estar en el profundo del mar un día y una noche que en el muladar. Si os acordáis de que Satanás perseguía a Job, no os olvidéis que a Pablo le era tan doméstico verdugo que, hiriéndole continuamente (lo que él exprime con la palabra *colafizar*), le obligó a pedir al Señor le librase de tan fiero y cotidiano verdugo, avecindado en su carne, y que este alivio se le negó Cristo; habiendo para contra Job atádole la mano y limitádole el poder. Acordaos que a Job, con tan valerosa paciencia, le sacavan las persecuciones quejas y lamentos; y ved que Pablo las celebra y las blasona, poniendo en ellas todo el precio de sus ventajas y todo el premio de sus servicios, haciendo pompa de las afrentas. (pp. 186-187)

No es frecuente que Quevedo mencione a SAN PABLO en su poesía seria ni en la burlesca, aunque el propio nombre de Pablo sea objeto de famosos protagonismos como en *El Buscón* siendo considerado en la época como un apelativo típico de cristiano nuevo. Solamente en el *Padre nuestro glosado* (B191) Quevedo recuerda la figura de San Pablo, con todas las características que se ampliarán y desarrollarán en *La caída*: su denominación como *Vaso de Elección*, su caída, el trueno, su obstinación, su ceguera...:

Tú, que estás en los cielos, que criaste,  
y me criaste a mí para poblarlos,  
si yo sé conquistarlos;  
Tú, que los despoblaste  
de la familia angélica, que, osada,  
por la soberbia mereció tu espada;

<sup>11</sup> Crosby, 1969, pp. 100-101.

<sup>12</sup> Tal vez un poco después, una paráfrasis del mismo texto inserta Calderón en *El gran teatro del mundo*, en boca del Pobre «Perezca, Señor, el día» (vv. 1175 y ss.). La casualidad quizá remita a un conocimiento bastante popular de dicho texto; o a comunes gustos neoestoicos entre ambos autores.

<sup>13</sup> «¿Queréis ver cómo hace Dios beneficios castigando, cómo da con lo que quita, cómo levanta al que derriba? Poned los ojos en San Pablo: espántale para animarle, derríbale del caballo para levantarle sobre los cielos, quítale la vista para dársela, y para que la dé a las gentes» (*Virtud militante*, p. 134).

a mí, que vivo en tierra y que soy tierra  
 sombra, ceniza, enfermedad y guerra,  
 mírame con los ojos que miraron  
 a Pablo, a quien del suelo  
 arrebataron al tercero cielo,  
 y en Vaso le mudaron  
 de Elección, siendo vaso de veneno.  
 Aquel mismo relámpago, aquel trueno  
 me derribe, me ciegue y me dé vista,  
 cuando más obstinado me resista. (B191:19-34)

SAN ESTEBAN está biográficamente relacionado con San Pablo de modo muy directo. A Quevedo le servirá para ponderar la conversión del Apóstol; pero además, el martirio por lapidación de Esteban le es muy querido a nuestro autor por su casi obsesión con las piedras. Ya señalé en otro lugar<sup>14</sup> este protagonismo lapidario, que genera un buen número de poemas religiosos, digresiones en obras en prosa, con aprovechamiento de citas bíblicas, patrísticas y hasta adverbializaciones burlescas...<sup>15</sup> San Esteban encaja perfectamente en esa fijación lapidaria de Quevedo y a él dedica el soneto «De los tiranos hace jornaleros» (B 186), y un madrigal «El que a Esteban las piedras endereza» (B 194) —publicado por Ximénez Patón, *Mercurius Trimesgistus*, en 1621— y que han sido estudiados detenidamente por E. B. Davis<sup>16</sup>. Conviene recordar el párrafo en el cual Quevedo se aparta, por digresivo, del modelo de los *Hechos de los Apóstoles* que, hasta ese punto, seguía literalmente:

¿Quién lee esta obstinación que no juzgue a Pablo por no comprendido en el perdón que Esteban pidió a Cristo, cuando espiraba viéndole en su gloria para sus enemigos y no le juzga dejado en mano de sus iras? No tiraron a Esteban piedras los testigos falsos que Pablo no se la tirase, guardándoles las capas para que con más fuerza y más certeros pudiesen apedrearle. Fue aquel lugar teatro digno de que se rompiesen los cielos para tan maravilloso espectáculo donde por Cristo, de quien se dice era piedra Esteban, que era piedra así en sufrir, sufría las heridas de las piedras que le tiraban los que eran piedras en la dureza, siendo la piedra angular premio de la piedra que se coronaba con las heridas de las piedras que le arrojaban los hombres, enojándole con lo que le daban muerte, y haciéndole con las piedras trillo para disponer la mies de la Iglesia. Este laberinto de piedras más tiene de misterio que de ingenio. No quedaron sin gloria las piedras: permitió Dios que en su muerte y pasión, como fueron capaces de muestra de sentimiento, que lo fuesen de envidia: habían los judíos intentado dar muerte a Cristo con piedras dos veces y, desapareciéndose, burló sus intentos; pues viendo las piedras la adoración y gloria a que ascendía la cruz, por ser instrumento de la muerte de Cristo, se rompieron de envidia de que hubiese preferido a ellas el madero. Deste sentimiento las desquita en alguna manera Cristo, haciéndolas instrumento no sólo del primero que murió por Él, si no del que fue epítome de su pasión con que ascendieron a la dignidad sagrada de

<sup>14</sup> Fernández Mosquera 1994, pp. 56-58.

<sup>15</sup> «Y no hallando remedio contra el granizo, viéndose, sin santidad, cerca de morir San Esteban, dijo que le dejasen salir, que él pagaría luego y daría sus vestidos en prendas» (*El Buscón*, p. 176).

<sup>16</sup> Davis, 1975, especialmente en su capítulo dedicado a «Poems to the Virgin Mary and the Saints» (pp. 157-203) y en su artículo de 1989. En su tesis de 1975, la hispanista americana estudia con detenimiento y explicita las fuentes de la obsesión lapidaria de Quevedo (pp. 140-156). Nider, ed. de *La caída*, p. 179 y notas, recuerda estos datos y los aplica al pasaje que nuestro autor dedica a Esteban.

reliquias. ¿Cómo, pues, pidiendo Esteban a Cristo que perdonase a los que le daban muerte, expirando, no había de ser oído su ruego? (*La caída*, pp. 179-180)<sup>17</sup>

Si San Pablo es objeto hagiográfico de una vida, sobre la que volveremos, también otro apóstol, SANTIAGO, tiene un indudable protagonismo en la obra de Quevedo, pero en su prosa, como se señalará más adelante. En la poesía sería no hay referencias directas al apóstol, a excepción del soneto (B166), en el que comparte protagonismo con San Juan, algo que no deja resultar curioso. En resumen, la poesía sería de Quevedo no es muy proclive al género hagiográfico: la aparición de santos en ella es escasa y hasta podríamos decir que poco significativa. En general, obedece a las leyes circunstanciales del género y, en algún caso, no se salva del llamativo conceptismo sacro, a pesar de algunos matices irónicos que ha querido ver en algún poema Elizabeth B. Davis<sup>18</sup>. Su presencia demuestra, no obstante, la vitalidad del género y la integración de Quevedo en la sociedad y en la cultura de su tiempo.

Por el contrario, es de destacar que, dentro de la poesía burlesca, los santos tienen un protagonismo medianamente llamativo, el que obedece frecuentemente a los valores populares del panteón católico en el siglo XVII. Quevedo aprovecha muchas alusiones a los santos para construir sus agudas metáforas, sus comparaciones y dilogías, disfrutando de todos los valores icónicos y connotables de los santos más populares.

SAN ANTONIO —y más frecuentemente San Antón<sup>19</sup>— aparece con sus atributos tópicos en la poesía de Quevedo, desde sus visiones monstruosas:

Si buida visión de San Antonio,  
llámate doña Embudo con guedejas;  
si mujer, da esas faldas al demonio (516:12-14),

hasta su fuego, enfermedad de calenturas («mortificaciones de alguna parte del cuerpo, que va corroyendo y extendiéndose», *Aut.*), en el que no debe olvidarse el fuego de la pasión amorosa. También el cerdo que le acompaña iconográficamente sirve para mezclar agudamente ambos elementos en esta injusta descripción de las mujeres gallegas:

tierra donde las doncellas  
llaman hígado al rubí,  
y andan hechas San Antonos,  
con su fuego y su gorrín. (749:133-136)

<sup>17</sup> En otros lugares de la obra dedicada a la vida de San Pablo tiene protagonismo Esteban: *La caída*, pp. 156-157, 176-178, 180-183, 200.

<sup>18</sup> Davis, 1989, pp. 328-329: «Although it may be correct that Quevedo “hace silencio alrededor de los altares de su Dios” [Bouvier, 1945, p. 44], he is not quite so reverent in the company of the saints. But even in the most of these hagiographic poems, Quevedo remains indebted to the literary traditions that precede him».

<sup>19</sup> Las referencias parecen todas a San Antonio Abad y no a San Antonio de Padua que ya en el XVII estaba asimilando y sustituyendo muy sutilmente la devoción más tradicional por el santo obispo. Es, en este sentido, inequívoca toda referencia a San Antón, que era la denominación más popular y que no se puede confundir, en ningún caso, con San Antonio de Padua.

Una alusión al coche incide en el mismo rasgo iconográfico de la compañía del cerdo, que no excluye una antanaclasis<sup>20</sup>. Las mismas agudezas se repiten sobre idéntica base iconográfica, del cerdo y del fuego, en

Oyó cuerno en el Prado y Aranjuez;  
gradüóse después de carnerón;  
como del fuego huye del lechón,  
si a San Antón encuentra alguna vez. (603:5-8)

El fuego de San Antón puede aplicarse también a los celos (768:169-172)<sup>21</sup> y a enfermedades de bestias (677 y 795)<sup>22</sup>. En muchas ocasiones se combina con el tópico del cerdo en relación a la invectiva antijudía:

Aquí yace Mosén Diego,  
a Santo Antón tan vecino,  
que, huyendo de su cochino,  
vino a parar en su fuego. (B 806)

La imagen del cerdo se conjuga bien con otra de las famosas tentaciones del santo, para crear así metáforas sobre la visión del cerdo y otras más espantosas como en 748 y 775<sup>23</sup>. Señalemos, por último, dos aprovechamientos de otras caracterizaciones tópicas del santo: el cuervo que le auxiliaba en su vida eremita (642) y su patronazgo de los animales (723)<sup>24</sup>.

Otro santo muy presente en la poesía satírica de Quevedo es SAN MARTÍN. Se le vincula a dos tópicos: el famoso milagro del reparto de su capa y su relación con el vino. Ésta última no está muy clara, a no ser por lo que se cuenta de una copa de vino que dio antes a un sacerdote que al emperador. Sin embargo, ha de añadirse que nuestro poeta evoca en muchas ocasiones el lugar de San Martín de Valdeiglesias,

<sup>20</sup> Ver Arellano, p. 299. Recuérdese, además, la paronomasia *coche-cocho*. Antanaclasis: 'repetición de un significante con un significado distinto cada vez'.

<sup>21</sup> «Y así San Antón os libre / del fuego que enciende rosas, / de rayos que forman perlas, / de llama que yelos brota».

<sup>22</sup> «Del día de San Antón / me acordó de dos maneras / el fuego que me tostaba / y el concurso de las bestias» (677:45-48); y «Sólo pido que así Dios / te deje poblar iglesias / y San Antón a tu mula / del fuego suyo defienda» (795:81-84).

<sup>23</sup> «Viejecita, arredro vayas, / donde sirva, por lo lindo, / a San Antón esa cara / de tentación y cochino» (748:1-4); y «Danles nombres de visiones / a los trastos de mi bulto, / y dicen que a San Antón, / si no le tiento, le gruño. / Notan que soy desairado; / esa falta para Julio, / que la calma en los Franciscos / nadie la sudó en el mundo» (775:23-30). La presencia de las agudezas sobre las visiones tentadoras del santo es bastante frecuente: «Por San Antón me tenía, / viendo tentaciones tales, / que era frisona en el cuerpo / y mayor que un elefante» (788:37-40); y «¿Quién fuera plaga de Egipto, / si alcanzara a Faraón? / ¿Quién tentara a San Antón, / licenciado orejoncito? / ¿Quién nació contracorito, / con arzones como silla? / Corcovilla» (843:23-29).

<sup>24</sup> «Fuerza es que en su mujer / vea el maridillo postizo / que el vestido que él no hizo / otro se lo hizo hacer. / Que nos quiera hacer creer, / sin justicia y sin razón, / que, no siendo San Antón / un cuervo trae sus comidas, / *concertáme esas medidas*» (642:46-55); y «Yo me comí de atabales, / y me metí a San Antón, / con séquito de mercado / y vueltas alrededor» (723:9-12).

famoso por sus vinos y mencionado por Quevedo en múltiples ocasiones. Tampoco es evidente la copresencia del vino y el caballito —como expresión “caballito de San Martín”—, que sin duda, tendrá alguna clave interpretativa, que tampoco Ignacio Arellano ha encontrado<sup>25</sup>. Ejemplos de esto último son «Caballito será de San Martín / mi estómago, mi paso su vaivén, / y, orejón, nadaré como delfín» (551:12-14); y

Sed a sed los españoles  
 aguardaremos al Cid:  
 que a pie bebemos a Toro,  
 y a caballo a San Martín. (749:89-92)<sup>26</sup>

Merecen citarse, por último, unos versos que recogen la tradición del famoso milagro del santo —pero están dedicados a una «dama hermosa y borracha»— además de añadir una referencia al martirio de San Bartolomé, que fue desollado vivo:

Si a San Martín pidieras,  
 como aquel pobre triste y afligido,  
 de todo su vestido  
 bien sé yo para mí lo que escogieras,  
 aunque tus mismas carnes vieras rotas,  
 no la capa partida, mas las botas.

Bien sé que te alegrara  
 si a San Martín en tus trabajos fieros,  
 a ser suyos los cueros,  
 pidiéndole, en los cueros te dejara;  
 pues en Bartolomé tienes tú talle  
 de convertille, a puro desollalle. (622:37-48)

Otro santo relativamente frecuente es SAN JORGE, relacionado con los dragones, *viej*as dragones por feas y brujas:

No es tiempo de guardar a niños, tía;  
 guardad los mandamientos, noramala;

<sup>25</sup> Ver Arellano, 1984, p. 427.

<sup>26</sup> Más ejemplos en los que aparece la relación directa entre San Martín y el vino o los borrachos: «Ésta, entre mil pellejos de alma en pena / (sólo en su boda para flauta buena), / pasar quiere sus cuartos o chanflones / entre algunos doblones, / y ver la luz a sus dineros deja, / y sus reales da a saco. / ¡Ay de ti, protovieja! / Si Venus toda se revuelve en Baco, / daráos un San Martín mil Santiagos; / tu vida toda, ¡ay triste!, será tragos; / pero será ventura, / pues no te afrentarán la dentadura» (625:31-42); y «A San Martín ofrece / tu espíritu sus ruegos y tu llanto, / como al supremo santo; / pero no es oro lo que resplandece; / que, en tu devoto afecto, mal arguyes, / si es sólo San Martín a quien destruyes. // Renuevas su memoria / disponiéndote al trance de la muerte, / y con el humo fuerte / que despide, te elevas en su gloria; / porque, al paso que el jarro se te entrega, / dices que ya tu San Martín se llega. // ¡Pues qué si el humor tinto / a ver alcanzas que sus venas coge!; / fuerzas a que se afloje, / para darle lugar el sutil cinto. / Mira que tan afecta al santo eres, / que a San Martín la sangre beber quieres» (627:31-48); y «De Sahagún soy cuba, / de San Martín soy taza, / soy alano de Toro, / y soy de Coca marta» (871:81-84); y «Tan gran piloto es cualquiera, / que por su canal angosta, / al galeón San Martín / cada mañana le emboca» (873:41-44).

no os dé San Jorge una lanzada un día (618:9-11),

o con las arañas, por la costumbre de invocarlo cuando se matan

Mi lanza mando a una escoba,  
para que puedan con ella  
echar arañas del techo,  
cual si de San Jorge fuera. (733:65-68)

Más aguda es la letrilla siguiente en el que una doncella se convierte en araña que busca la mosca del galán, es decir, el dinero, coloquialmente:

*Por angelito creía,  
doncella, que almas guardabas,  
y eras araña que andabas  
tras la pobre mosca mía.*

Píntese por toda tienda  
(¡oh mancebitos!) de España:  
«San Jorge mata la araña:  
que nuestra mosca defienda». (662:1-8)

La popular figura de San Roque también está presente en la poesía burlesca de Quevedo, siempre con la misma caracterización de sanador de enfermedades. Es aquí en donde el ingenio del poeta se esfuerza para lograr las agudezas. Puede ser una mujer tan flaca que su contacto haga necesario al santo:

Con mujer tan aguda y amolada,  
consumida, estrujada,  
sutil, dura, bñida, magra y fiera,  
que ha menester, por no picar, contera,  
no me entremeto; que si llego al toque,  
conocerá de mí el señor San Roque (620:67-72),

o el juicio al pepino, que provoca enfermedades disimulado en la ensalada:

San Roque mismo te juzgue  
por verde sepulturero  
y auctor de los ataúdes (755:58-60),

o, en fin, el santo que cura una afección de garganta, denominada *secas*:

Así el glorioso San Roque  
les dé licencia a las secas  
para que tenga algún hombre  
necesidad de tus letras. (795:1-4)

Claro que, para curar la garganta, está SAN BLAS, con quien parece entrar San Roque en conflicto, porque son muy frecuentes las tópicas alusiones a este santo y su poder curativo para con las afecciones de garganta<sup>27</sup>, en particular para las secas:

Pero como fuere, sea;  
 pues Santiago quedó allí,  
 no debe de ser Galicia  
 de todo punto rüin.  
 Ribadavia, mi garganta  
 la tengo ofrecida a ti,  
 por el San Blas de sus secas,  
 sin humedades del Sil.  
 Si a mal me lo tienen todos,  
 y bien, ¿qué se me da a mí?  
 Quien antes quiere ser chinche,  
 alto a no dejar dormir. (749:145-156)

Los evangelistas SAN LUCAS y SAN MARCOS son aludidos por medio de los animales que los simbolizan. Especialmente San Lucas, por el toro, da ocasión a referirse a los cuernos y de ahí al marido cornudo:

Júzgalo, pues que puedes, por tu casa,  
 fiero atril de San Lucas, cuando bramas,  
 obligado del mal que por ti pasa. (639:121-123)<sup>28</sup>

El apóstol SAN PEDRO, con cierta presencia en la prosa seria, aparece también en la poesía burlesca, referido directamente como el poseedor de la llave del cielo y el que negó a Cristo:

Su amiga la Coscolina  
 se acogió con Cañamar,  
 aquel que, sin ser San Pedro,  
 tiene llave universal. (849:33-36)<sup>29</sup>

<sup>27</sup> «Allá va en letra Lampuga; / recógele, la Peral; / guarde el Señor tus espaldas, / y mi garganta San Blas» (852:1-4); y «Al Limosnero, Azaguirre / le desjarretó el tragar: / con el Limosnero pienso / que se descuidó San Blas» (856:121-124); y «A que me tocase fui, / como si fuera instrumento, / y fue para mi garganta / San Blas, con sus cinco dedos» (701:121-124); y «Las gargantas de San Blas, / con almuerzos y meriendas, / son garrotillo del pobre, / que lo paga y no lo prueba» (754:21-24). Finalmente, desconozco esta última referencia a “la comedia de San Blas”; tampoco lo sabe Blecua: «Pareció la vaquería / la comedia de San Blas: / ¡cuántos silbos!, ¡cuántas voces / no perdonaron el San!» (681:93-96).

<sup>28</sup> Otros ejemplos: «Chismáronle que don Lesmes, / aquel muchísimo hidalgo, / que come de sopa en sopa / y bebe de ramo en ramo, / después que le sucedió / un jueguecillo de manos, / cuando a Currasco, en el truco, / quedó a deber un sopapo, / la pedía por esposa / para mejorar de trastos, / y ser atril de San Lucas, / siendo el toro de San Marcos» (760:5-16); y «Bien puede ser que mi testa / tenga muchos embarazos; / mas de tales cabelleras / hay pocos maridos calvos. / También he venido a ser / regocijo de los santos, / pues siendo atril de San Lucas, / soy la fiesta de San Marcos» (715:19-26). Blecua (pp. 869-870) ilustra estos últimos versos con unas notas explicativas muy pertinentes en dónde, además de aclarar el juego de sobre la metáfora de los cuernos, justifica la fiesta de San Marcos y la presencia de un toro en ella.

Y muriera como Judas;  
pero anduvo tan sagaz,  
que negó, sin ser San Pedro,  
tener llave universal. (850:89-92)<sup>30</sup>

Tras quesadilla y roscón,  
el gallo en Carnestolendas  
hace, al revés de San Pedro,  
llorar lo que no se niega. (754:125-128)

Muchas otras referencias a los santos aprovechan su iconografía tradicional o su caracterización tópica: SAN FRANCISCO por su relación con los animales (735:109-112)<sup>31</sup> o por la orden que fundó (809:1-4)<sup>32</sup>; se invoca a SAN MIGUEL como defensor frente a los poderes de Satanás (754:93-96)<sup>33</sup>, a SAN BENITO<sup>34</sup> por lo que tiene que llevar encima (634:11-28), a SAN CRISPÍN, por ser patrono de los carpinteros (761:1-8)<sup>35</sup>, la rudeza de los cilicios de SAN ONOFRE (782:37-40)<sup>36</sup>, a SAN MILLÁN (764:117-

<sup>29</sup> Así anotan Schwartz y Arellano, 1998, p. 601, estos versos: «San Pedro tiene llaves del Reino de los Cielos (Mateo 16, 19) y Cañamar tiene la ganzúa, llamada “llave universal” porque abre todas las puertas».

<sup>30</sup> Otras referencias son indirectas a lugares geográficos «en las gradas de San Pedro» (698:2) o a su cátedra «en la silla de San Pedro» (698:68).

<sup>31</sup> «De un sacamuelas (les dijo) / al amo vine que hoy tengo; / y el pan para San Francisco / me codició por sardesco» (735:109-112).

<sup>32</sup> «Yace aquí, sin obelisco, / pobre de ofrenda y de cera, / la vieja que fue tercera, / a pesar de San Francisco» (809:1-4).

<sup>33</sup> «San Miguel, que guardes, ruego, / las balanzas con que pesas, / menos del diablo, que hurta, / que de las niñas que tientan» (754:93-96). La figura de San Miguel, volverá a aparecer muy significativamente en *Virtud militante*, cuando habla de la soberbia: «La soberbia fue fundadora de los primeros herejes, y los primeros herejes fueron los ángeles soberbios. Fue tan agradable a Dios su vencimiento que al arcángel soberano que como capitán general suyo los derribó, desmintiéndolos con la palabra *Quién como Dios*, se la dio por nombre y blasón. Eso quiere decir Michael, en la lengua sagrada. Muchas cosas enseñó Dios a los reyes de la tierra en esta batalla, y con la persona de San Miguel. Lo primero a honrar a los generales que vencen y alcanzan victoria en nombre de su señor; lo segundo, en no mudar de general, cuando sirve bien. A San Miguel porque venció esta batalla le encomendó su pueblo, y le tiene nombrado para la postrera que tendrá contra el Anticristo. Sepan todos los que como valientes católicos se opusieron a los herejes, que tienen de su parte a San Miguel, que acabó con los primeros en Lucifer y su séquito, y acabará con los últimos en el Anticristo y sus secuaces» (pp. 139-140).

<sup>34</sup> «Su padre, por dejalle posesiones, / se fue donde no alcanza / el poder de las cuentas de perdones. / A gastos de su panza / luego aplicó sus mandas y obras pías. / Olvidaron los días / de su oficio a la gente; / compró más de un pariente; / pretendió, en el dinero confiado, / traer a Santiago sobre el pecho, / muy encaballero, / y no le fue el dinero de provecho; / que en tan nueva quimera / parecieran alforjas si trujera / a Santiago al pecho, y a la espalda / San Benito amarillo, como gualda; / y anduviera el Apóstol caballero / a un tiempo con bordón y bordonero» (634:11-28).

<sup>35</sup> «Don Turuleque me llaman: / imagino que es adrede, / porque se zurcen muy mal / el don con el Turuleque. / Guantero fue de zancajos / mi padre en Ocaña y Yepes, / buen siervo de San Crispín / por los bojes y el tranchete» (761:1-8).

<sup>36</sup> «Mostráronme unos cabellos / tan ásperos y disformes, / que pudieran ser silicio / del cuerpo de San Onofre» (782:37-40).

120) por ser santo batallador como Santiago<sup>37</sup>, a SAN CARLOS (803:21-24)<sup>38</sup> por su capacidad de gestión, etc.

Otros santos lo son menos por su vida como por su función y posibilidades dialógicas: SANTO TOMÉ, por ejemplo, vale no ya por su santidad, sino por el lugar geográfico que nombra y por el valor de “tomar” en su acepción más obscena:

Las mujeres de la Corte  
son, si bien lo consideras,  
todas de Santo Tomé,  
aunque no son todas negras. (726:29-32)<sup>39</sup>

Pero tal vez en dónde más se demuestra la asimilación quevediana y popular de los santos en su sentido burlesco es en la creación de metáforas sobre la palabra “santo” como «nariz de cuerpo de santo» (803:32) —que también aparece en *El Buscón* «la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico, entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas búas de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero» (*El Buscón*, p. 67)— o «cara de santo de piedra» (801:4). Idéntica familiaridad hagiográfica hallamos en la invención de santos abiertamente apócrifos de tono jocoso:

«Toca, Ganchoso». Y, tocando,  
se volvieron a dar gracias  
de los peligros pasados  
a la ermita de San Sorbo,  
en el altar de San Trago. (861:112-116)<sup>40</sup>

El mismo recurso hallaremos en su prosa burlesca. De nuevo en *El Buscón*:

—¡Cosa admirable! Pero sólo reparo en que llama V. Md. *señor san Corpus Criste*, y Corpus Christi no es santo sino el día de la institución del Sacramento.  
—¡Qué lindo es eso! —me respondió haciendo burla—; yo le daré en el calendario, y está canonizado y apstaré a ello la cabeza. (p. 115)

Aunque la más brillante y aguda sátira a esta cultura hagiográfica popular quizá esté en los siguientes párrafos del *Sueño de la Muerte*, de comienzos de los años veinte. Se trata de una parodia de santos con origen folklórico, presentes en múltiples refranes y en la cultura más popular del siglo:

<sup>37</sup> «Por San Millán, que me corro / mirándovos de esa traza, / y que, de lástima y asco, / me revolvéis las entrañas» (764:117-120). Véase para San Millán, por ejemplo, las referencias a su protagonismo en el *Memorial por el patronato de Santiago*...

<sup>38</sup> «Grano que se entra de gorra, / a nariz contra sayón, / don Octavio de Aragón / y San Carlos te socorra» (803:21-24).

<sup>39</sup> Otra referencia: «A los paganos te llegas, / de los quitanos te vas: / Santo Tomé te defienda / del amante Guardián» (722:29-32).

<sup>40</sup> «Tráese destrozado a sí, / y sus caballos mohínos, / y de ayunar a San Coche / está en los güesos él mismo» (779:49-52).

Yo quedé confuso, cuando se llegaron a mí Perico de los Palotes, y Pateta, Joan de las Calzas Blancas, Pedro Pordemás, el Bobo de Coria, Pedro de Urdemales (así me dijeron que se llamaban) y dijeron:

— No queremos tratar del agravio que se nos hace a nosotros en los cuentos y en conversaciones, que no se ha de hacer todo en un día.

Yo les dije que hacían bien, porque estaba tal, con la variedad de cosas que había visto, que no me acordaba de nada.

— Solo queremos —dijo Pateta— que veas el retablo que tenemos de los muertos a puro refrán. Alcé los ojos y estaban a un lado el santo Macarro, jugando al abejón, y a su lado la de santo Leprisco; luego, en medio, estaba San Ciruelo y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su día, porque entonces las harían buenas, que sería el día de San Ciruelo. Por encima dél estaba el santo de Pajares y fray Jarro, hecho una bota, por sacristán junto a San Porro, que se quejaba de los carreteros. Dijo fray Jarro, con una vendimia por ojos, escupiendo racimos y oliendo a lagares, hechas las manos dos piezgos y la nariz espita, la habla remostada, con un tonillo de lo caro:

— Estos son santos que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios.

Yo me quería ir, y oigo que decía el santo de Pajares:

— ¡Ah, compañero!, decidles a los del siglo que muchos picarones que allá tenéis por santos, tienen acá guardados los pajares, y lo demás que tenemos que decir se dirá otro día.<sup>41</sup>

Hemos pasado de la poesía a la prosa inadvertidamente al encontrar recursos y santos en funciones similares. La vena satírica de Quevedo los utiliza hábilmente incluso para las descripciones más groseras. Es sabido que Quevedo escribe la más sublime poesía amorosa y el más obscuro retrato de la vieja, que alaba en algún lugar (*Execración contra los judíos*) a los banqueros genoveses y que los zahiere con virulencia en otros (*El Buscón*, *La Hora...*), que se inclina ante el príncipe y le amonesta agriamente en muchos lugares... Pues bien, el autor de *La caída para levantarse*, *La constancia y paciencia del Santo Job*, *La vida de Santo Tomás de Villanueva*, y la del padre Mastrelo Mastrili, es el «irreverente» autor de los versos y párrafos anteriores. La literatura, el género y el sustrato folklórico se lo permitían sin caer en muchas contradicciones. Pero, lo que es más importante, el lector de estos textos entendía sin escandalizarse estas sátiras dirigidas al panteón popular, y sólo algunos censores interesados (y no por la pureza del dogma) advertían de su irreverencia<sup>42</sup>.

La prosa burlesca de Quevedo ofrece, como se ha visto tan someramente, algunos ejemplos de sátiras a los santos y por extensión a quienes folklóricamente casi incurren en politeísmo. Pero será su prosa doctrinal y religiosa la que sea pródiga en el protagonismo de los santos que está muy presente en la construcción propia de la *inventio*, con la ayuda fundamental en toda su obra de los Santos Padres de la Iglesia. Cuando, al comienzo de *Virtud Militante*, el narrador dice:

<sup>41</sup> *Los sueños*, pp. 396-399.

<sup>42</sup> A título de ejemplo, censura o autocensura puede considerarse la supresión, como en otras muchas obras, en la versión impresa de *El Buscón* de 1626: «Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que éstos son de los que dijera algún bellaco que cumplen el precepto de San Pablo de tener mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia» (p. 209). Hemos de recordar que también su poesía fue objeto de censuras, sobre todo en lo referido a los elementos religiosos. Véase, para este punto, Plata Parga, 1997.

La Iglesia católica nos ha enriquecido con la doctrina de tantos santos Padres y Doctores que no tenemos ocasión de mendigar enseñanza de los filósofos. Mejor y más segura escuela es la de los santos (p. 76),

y repite la misma idea unas páginas más adelante (p. 134): poniendo como ejemplo a Santo Tomás, Quevedo se refiere a la confianza que deposita en los santos, pero en los conocidos como Santos Padres<sup>43</sup>. Aunque este tipo de observaciones demuestren su actitud ante el dogma católico y el respeto que los santos en general le merecen, prescindimos de este aspecto porque sólo afecta tangencialmente a la hagiografía. El estudio sobre Quevedo y los Santos Padres ya ha sido realizado<sup>44</sup>; Sagrario López Poza ha demostrado que estos son utilizados por Quevedo más para usos argumentativos que para el protagonismo que se supone al tema hagiográfico.

Sin embargo, esa «Mejor y más segura escuela es la de los santos» se debe extender al valor ejemplar de otros santos, aquellos a los que nuestro autor dedica sus desvelos más biográficos, sus intenciones más hagiográficas. Las obras de este género que destacan en la producción quevediana son: *La caída para levantarse*, *La constancia y paciencia del Santo Job*, *Epítome a la historia de la vida ejemplar y gloriosa del bienaventurado Fray Tomás de Villanueva*, *Marcelo Mastrilli* y el *Memorial por el patronato de Santiago*. Es evidente que en muchas otras (la citada *Virtud militante*, *La cuna y la sepultura*, sus homilías, *Política de Dios*, etc.), sean de tema o tono religioso o no, los santos juegan un papel importante. Ya se ha visto con respecto a la poesía. Sin embargo, será en las obras citadas en las que lo hagiográfico cobre un papel diferenciador.

Habrán de señalarse, con todo, dos en particular que entrarían un tanto forzosamente en este apartado hagiográfico: de un lado, *La vida de Marco Bruto*; de otro, la traducción de la *Introducción a la vida devota* (1633) de San Francisco de Sales. Con respecto a la segunda, no se conoce muy exactamente cuál fue la motivación del interés de Quevedo por dicha traducción. Parece claro, sin embargo, su querencia por el santo y sus ideas, pero según Jauralde<sup>45</sup>, siguiendo a López Ruiz, no hay más que una operación editorial, casi de tipo comercial, en la supuesta traducción de Quevedo. No sería extraño que nuestro poeta prestara su nombre a ciertas empresas editoriales

<sup>43</sup> «Aprendamos de Santo Tomás, pues él solo no se contentó con no decir algo contra lo que dijeron [los santos], sino que no osó decir lo que en ellos no hallase. [...] Yo empero seguiré la doctrina del gran Crisólogo en desconfiar de los filósofos, y obedeceré a Santo Tomás en no escribir lo que no hallare en los santos» (*Virtud militante*, p. 134).

<sup>44</sup> López Poza, 1992. Véase, últimamente, el trabajo de Ramón Pont, 1997.

<sup>45</sup> Jauralde, 1998, pp. 683, 880, 966-967. «La situación de la obra más famosa del obispo de Ginebra, Francisco de Sales (1567-1622), preocupaba, porque se había traducido ya a todas las lenguas conocidas, se reeditaba y releía continuamente, y, sin embargo, no acababa por penetrar en la cultura española, a pesar de la versión de Eizaguirre (Bruselas, 1618). Unir el nombre de la obra a la de Quevedo era, en realidad, una jugada maestra de propaganda editorial, en la que lo de menos era que el famoso escritor hubiera traducido o no la obra. La *Introducción...* se leyó algo más (cuatro ediciones hasta la de Francisco Cubillas, en 1663, que inundó el mercado). El texto hizo cuerpo doctrinal con todo lo que estaba saliendo al mercado de Quevedo: *Epicteto*, *La cuna y la sepultura*, *Doctrina moral*, etcétera. Lo que sí es plenamente de Quevedo —desde luego— son las graves páginas del prólogo, en donde nos dejó leer algunas de sus ideas literarias» (pp. 668-669).

complejas: parece que así lo hizo en la edición de Fray Luis y, sobre todo, de Francisco de la Torre. Sin embargo, la inclinación de Quevedo por el santo francés y la coincidencia intertextual de algún pasaje con otros textos quevedianos<sup>46</sup> merecen un estudio más detenido de los que se han hecho hasta ahora. Porque, traducido o no por Quevedo, está claro que Francisco de Sales es considerado por el poeta como un ejemplo de estoicismo cristiano y citado en varios lugares de sus obras, mientras que la traducción aparece en un momento de su vida en el que coincide con otras de carácter cercano y que, al parecer, dibujan una imagen más seria y “doctrinal” de Quevedo. Su relación ideológica con el santo es, pues, más intensa de lo que habitualmente se dice y está por estudiar esta faceta de la ideología quevediana.

*La Primera parte de la Vida de Marco Bruto* (1631) —publicada en 1644, pero comenzada a escribir bastante antes, incluso en años cercanos a la anterior *Introducción a la vida devota*, como el mismo autor confiesa en los preliminares— es una hagiografía “civil”, inserta en el plan de grandes vidas que planeaba Quevedo al final de su vida. Es una vida ejemplar, en el ámbito de otra famosa traducción suya anterior, *El Rómulo*, de ambiente también romano e imperial<sup>47</sup>:

No escribo historia, sino discurso con tres muertes [Pompeyo, César y el mismo Bruto, según Carlos Vaíllo] en una vida, que a quien supiere leerlas darán muchas vidas en cada muerte.

Una de sus partes, la más centrada en la biografía de Bruto, se basa en el texto de Plutarco, una vida ejemplar sobre la base principal de Plutarco a quien Quevedo reescribe más que traduce<sup>48</sup>. En ese sentido, la ejemplaridad de la vida de Marco Bruto tiene un claro ascendente clásico y no ha de encuadrarse en la más estricta literatura hagiográfica de Quevedo: Marco Bruto no fue santo, aunque su evocación coincida, en Quevedo, en época similar a sus desvelos más hagiográficos.

La configuración de la obra, con la integración de diferentes apartados procedentes de variadas fuentes y con el sutil añadido de diversas intervenciones personales —todo ello siguiendo un determinado designio retórico— recuerda muy directamente el uso que Quevedo hace del género hagiográfico en su máxima y última expresión como es *La caída para levantarse*<sup>49</sup>. No es la obra, por tema, claro está, hagiográfica, pero se debe subrayar esta coincidencia con el género en los aspectos literariamente más técnicos así como en la actitud del escritor ante desafíos semejantes. Y no será tampoco casual ni el lugar y ni la fecha de su finalización y reescritura: los años de su prisión en San Marcos. Por estas razones debería ser tenida en cuenta dentro de un conjunto de obras de matiz hagiográfico, en primer lugar por su construcción retórica y en segundo por las circunstancias de su composición.

<sup>46</sup> Véase Fernández Mosquera, 1994.

<sup>47</sup> Para estos personajes romanos, véase Roig Miranda, 1997.

<sup>48</sup> Sobre los mecanismos de reescritura o manipulación de las fuentes, véase la esclarecedora explicación de Martinengo, 1998.

<sup>49</sup> Han estudiado la estructura del *Marco Bruto* y otras relaciones con respecto a las fuentes Riandière La Roche, 1976; Gendreau, 1977; Roig Miranda, 1980; Ugalde, 1990. Habrá de añadir los trabajos de Vaíllo, 1998; y su muy avanzada y magnífica edición de la obra, todavía inédita, que está preparando desde hace años.

Uno de los textos que más se ocupan de los santos en general y no sólo del aparente protagonista Santiago, es el *Memorial por el patronato de Santiago y por todos los santos naturales de España, en favor de la elección de Cristo Nuestro Señor* (1627). Ése es su título completo. Se ha de subrayar el «por todos los santos naturales de España», todos los que podían competir con Santa Teresa para ser patronos, si no fuera porque Santiago había sido elegido por el propio Cristo («en favor de la elección de Cristo Nuestro Señor»). Poco más se puede decir, si la elección había sido de Dios mismo: ése es el argumento definitivo de Quevedo en el *Memorial* y el anunciado desde el mismo título<sup>50</sup>.

Interesa especialmente, sin embargo, la relación de santos que aduce Quevedo en su argumentación. Se trata de una interesante nómina de santos españoles (españolísimos) que bien podrían ostentar el patronato. Los trae aquí Quevedo como ilustración de sus argumentos, exhibiendo a la postre un buen conocimiento del género hagiográfico:

Asimesmo, Señor, es de ponderar que las causas que para salvar este acuerdo da el Reino, y se leen en el papel que entonces se imprimió, confiesan olvido, o se acusan en poca noticia de los grandes y muy particulares beneficios que estos reinos deben en sus calamidades a SAN ISIDRO, arzobispo de Sevilla. ¿Quién competirá los méritos y el derecho a SAN HERMENEGILDO, príncipe heredero de España, y mártir, a quien degolló Leovigildo su padre, porque no quiso recibir la comunión de un obispo arriano? Y si quieren maridaje espiritual, ¿cómo no se acordaron de SANTA FLORENTINA, hija del duque Severiano de Cartagena, de quien descienden todos los reyes de España? Infanta hay, santa de la orden de Santiago. ¿Quién dirá que en justicia no puede pedir este compatronato SAN MILLÁN DE LA COGULLA, pues las historias y escrituras antiguas confiesan haber peleado y vencido tantas veces, apareciéndose en las batallas como Santiago, y casi en competencia del número de sus apariciones y vitorias? Mucho le sobra para compatrón y para patrón, si lo pudiera haber, al SANTO INOCENTE DE LA GUARDIA. Éste, Señor, que está en cuerpo y alma en el cielo, es, según esta totalidad, diferente de todos, y asiste con entero compuesto; no es traslado de la pasión de Cristo en una parte; es un original espantoso, con exceso de azotes en falta de años. Éste es, Señor, grande abogado, que puede interceder a Dios, como no puede otro alguno, por la pasión que Cristo pasó por él, y por la que él pasó por Cristo. No le falta, Señor, para patrón, sino ser de la orden de la reforma por algún modo, a SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo; a SANTA LEOCADIA; a SAN ISIDRO, patrón de vuestra corte y natural della; a SAN DÁMASO, nacido en Madrid, sumo pontífice, y MELCHIADES. Pues de nuestros tiempos, ¿que se debería conceder a SAN DIEGO DE ALCALÁ, a SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, y a SAN RAMÓN NONACIDO, que, siendo redentor y fundador de redentores, se adelante a los patronatos? ¿Y al grande y admirable Santo, IGNACIO DE LOYOLA, padre de tan docta y sagrada religión, que de la una milicia se pasó a la otra, y de soldado, que fue mérito que dispone para tal patronato, vino a ser general de las batallas contra los herejes y amotinados contra la Iglesia? ¿Cómo el Reino no se acordó de la grande acción que, a tener lugar este patronato, singularmente tiene el glorioso SANTO DOMINGO, no sólo natural destes reinos, sino de tal nacimiento, que los señores reyes suyos son de su sangre y linaje, que por oficio de padre de predicadores *ipso iure* sucedía al SANTO APÓSTOL, a quien fue dada por Cristo nuestra

<sup>50</sup> «Que Santiago no es patrón de España porque entre otros santos le eligió el Reino, sino porque cuando no había Reino, le eligió Cristo nuestro señor para que él lo ganase y le hiciese, y os le diese a vos» (*Memorial por el patronato*, p. 225).

predicación; fundador de una orden que está produciendo siempre luces a la doctrina, defensas a nuestra verdad, y centinelas con el Santo Oficio de la Inquisición a las azechanzas de la herejía; y otros innumerables santos destes reinos, que han sido frecuentemente vistos en algunas batallas y peligrós? (pp. 224-225)

Señor, suplico a V. M. considere y mande considerar estas verdades, para que veáis cuán lícito y cuán forzoso es desistir deste compatronato, en que os han empeñado los padres de la reforma. Señor, SAN JUSTO y PASTOR, naturales de España, niños tan tiernos y mártires tan grandes, que amanecieron tan temprano con su muerte nuestras tinieblas, 307 años después de la muerte de Cristo, por la crueldad de Deciano, que ha 1320 años fueron por muchos días apellidados patronos de España, como es verdad y consta del privilegio que dio, era de Cristo 684, año de su nacimiento 646, el católico rey godo Cindasvindo y su mujer la reina Reciberca, y está original en la iglesia de Astorga, en favor del monasterio de San Frutuoso en el lugar de Compludo, y empieza desta manera: *Dominis sanctis gloriosissimis, mihique post Deum fortissimis Patronis Sanctorum martyrum Iusti et Pastoris: A los santos gloriosísimos, y para mí, después de Dios, fortísimos patronos, de los santos mártires Justo y Pastor. ¡Grande blasón! ¡Grande empeño para patronato, confirmado con privilegio de tales patronos, que los llama el rey de España fortísimos después de Dios! Mas, Señor, reconociendo este rey, y los demás todos, que la fe porque murieron estos santos, ellos y todos los demás de España, la debieron a Santiago, cedieron en su devoción con justicia, y dejaron que el patronato se volviese a quien le dio Cristo solo; y ni ha enflaquecido, por retroceder en esto, la autoridad de los reyes, ni San Justo y Pastor dejan de favorecer a España, ni su patria pide se les guarde este privilegio comprado con sangre, y solicitado de solos milagros y el martirio.* (p. 225)

El patronato de Santiago no cede ante la presencia de tan venerables santos ni lo comparte, como tampoco es compartido el patronato en naciones extranjeras:

Y lo que multiplica en Francia, si se estudia bien, se hallará que sólo SAN DIONÍS se invoca, y que SAN REMIGIO es abogado porque convirtió el primer rey cristiano de Francia, que fue Clovis; y eso fue de aquel rey y de Lotario, cuando dijo, hablando de Luis su padre: *Ludovicum patrem suum de poenis praedictis, meritis sancti Petri, et precibus sancti Remigii cui Deus magnum apostolatum super reges, et gentes Francorum dedit certissime liberandum.* «Grande apostolado», dice. Así lo refiere Lupoldo Bebemburgio en su libro *Veterum Germaniae principum in fide constantia*. SAN LUIS más es que abogado, porque rey y santo aún es señor y padre, y sólo se apellida San Dionís. [...] Y no son menos dignas, Señor, de vuestra real advertencia dos novedades tan grandes como añadir patrón, cosa que ni ha hecho ni consentido intentar otra ninguna nación. Venecia está contenta y confiada con sólo SAN MARCOS, y gran parte de los ultramontanos con SAN JORGE, y Francia con SAN DIONÍS; y la casa de Borgoña, que es patrimonio de V. M., con sólo SAN ANDRÉS, y así los demás; y aun en los oficios y ministerios que se juntan en cofradías, no se ha intentado esta multiplicación.

Todo este despliegue de santos<sup>51</sup> y de conocimientos hagiográficos se ponen al servicio de la argumentación quevediana. Si el *Memorial* es protagonizado por Santiago

<sup>51</sup> En el *Memorial* se vuelve a citar un sermón de santo Tomás de Villanueva para confirmar su argumentación (p. 229b), a San Francisco (228b) y a otro santo español, San Lorenzo: «Salvo lo que su Santidad tuviere por mejor y vuestro Consejo de Justicia juzgare por más conveniente, todos con votos y con ruegos buscáramos patrocinio desta gloriosa virgen, aventurando lo que se nos pudiera decir por parte de San Lorenzo, pues siendo español, parentesco tienen con las banderas las llamas, y en las batallas, a la sangre

y la vigencia y exclusividad de su patronato, la argumentación de Quevedo se basa en el parangón con otros santos, demostrando su dominio del tema. Porque, en puridad, el *Memorial* no es obra hagiográfica ni siquiera religiosa, antes bien se trata, como es sabido, de un escrito circunstancial de corte político que, además, no sirvió para asegurar el patronato del apóstol y sí para que su autor se asegurase la enemistad del Conde-Duque de Olivares. En otras palabras, la obra debe más a su carácter de memorial que al hagiográfico. Sin embargo, entreveradas en sus múltiples argumentaciones aparecen datos muy significativos sobre la vida de los santos.

Plenamente hagiográficos, por su planteamiento inicial, son las vidas (o los proyectos de las biografías) de Santo Tomás de Villanueva y del padre Marcelo Mastrili.

La primera lleva por título completo *Epítome<sup>52</sup> a la Historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del bienaventurado Fray Tomás de Villanueva, religioso de la orden de San Agustín y arzobispo de Valencia* (1620). Su anunciado carácter de resumen ha provocado algún malentendido a lo largo de la historia editorial del tratado, que explica Pablo Jauralde<sup>53</sup>. Los errores fueron inducidos principalmente por las palabras de Quevedo al final de la obra:

Esta abreviada suma he sacado de mi historia que estoy escribiendo, de la que a cumplimiento de su voto escribió con tanta piedad y diligencia y celo el docto y reverendo padre Salón, de la orden de San Agustín, para que la noticia entretenga informada con brevedad, hasta que en mayor volumen vea el mundo lo más que se ha podido recoger hasta ahora. (*Epítome*, p. 69)

La historia extensa que estaba escribiendo Quevedo sobre el santo no llegó a ser publicada, tal vez porque el citado padre Salón, fuente principal y confesada de donde Quevedo toma los datos, volvió a publicar muy ampliada —según Fernández Guerra—, el mismo año de 1620, su anterior (1588) *Libro de la vida santa y milagros del ilustrísimo señor don fray Tomás de Villanueva*, Valencia, Juan Crisóstomo Garriz, 1620; así la vida extensa de Quevedo ya no se sentía como necesaria. Algo similar le sucederá con la *Vida de Marcelo Mastrili*. En cualquier caso, a Quevedo le interesaba Tomás de Villanueva —más allá de su proximidad geográfica al ser el santo natural de Villanueva de los Infantes— porque utiliza sus sermones (*Memorial*, p. 229b)<sup>54</sup>, con los que coincide ideológicamente.

añadía el fuego; Santo conocido por el valor hazañoso, y que todo viene a propósito para la guerra y las invocaciones, hasta cuyo templo llegó la vida de las maravillas del mundo; de cuya casa, como familia suya, saldrán el postrer día todas las majestades destes reinos» (p. 234).

<sup>52</sup> DRAE: «Resumen o compendio de una obra extensa, que expone lo más fundamental o preciso de la materia tratada en ella».

<sup>53</sup> Jauralde, 1998, pp. 412-414, 961.

<sup>54</sup> Morovelli le acusa de plagiar sermones enteros del santo. Véase, en el *Memorial por el patronato*, el siguiente ejemplo de este contacto directo con la obra de arzobispo de Valencia, con quien coincide en los mismos intereses que Quevedo:

Mire V. M., como lo dice el muy glorioso santo, el milagroso arzobispo, el verdadero pobre y el padre de los pobres, doctor admirable y esclarecido predicador de la palabra de Dios, las señas me excusan el

Conocemos, también, las circunstancias de la génesis de la obra: el agustino Fray Juan de Herrera, quien sabía que el poeta ya desde 1610 trabajaba en una *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, le encarga, con cierta premura, un resumen de ese trabajo mayor. Este epítome lo redacta, teniendo presente la obra de Salón (si Quevedo llevaba años trabajando en la vida del santo, ¿por qué echará mano de la obra de Salón?)<sup>55</sup>, en doce

nombrarle, Santo Tomás de Villanueva, en el sermón de nuestro glorioso patrón Santiago, en su libro impreso de sermones, fol. 451, pág. 1. col. 1:

*Qui enim sic familiares fuerunt in vita, credendum est eos etiam superiores caeteris fuisse in gloria: ad minus in hoc regno coelorum, id est, Ecclesia, petitionem illorum impletam videmus. Nam Ioanni sedes data est in Asia, quae est ad dexteram Hierusalem et Iacobo in Hispania, quae est ad sinistram partem. Quanta gloria nostrae Hispaniae? Quantus favor a Deo talem recepisse patronum, unum ex tribus charissimis Dei? Grandis favor, Domine, quod sic aestimasti eam, et quod tanti est apud te in fine mundi posita: non enim sic eam aestimasses, et tanto patrono dotasses, nisi grandis futura esset. Nam licet prius barbara et rustica, in ea tamen fides tua pura et cultus tuus usque in finem permansit. Ecce Achaia, Aegyptus, India, Asia, Graecia, omnes perditae sunt, et ex provinciis Christianis multae infectae. Hispania maxime servat fidem illaesam, meritis, et patrocinio huius sanctissimi Apostoli. Nam quale est talem habere patronum in curia coelesti? Et si aliquando capta est ab infidelibus, tamen eius patrocinio liberata est: unde legitur in historiis Apostolum visibiliter aliquando in bello apparuisse. O quantus honor debetur ab Hispania huic tanto Patrono? Vere hoc festum cum omni gaudio, et exultatione celebrandum esset in Hispania sicut Pascha, quia nostrum maxime est. Eius meritis putamus hunc ordinem militarem ad tantum gloriae fastigium pervenisse. Quis namque ordo in toto orbe illustrior, cuius prior Carolus Quintus Imperator est?*

Porque los que así fueron familiares en la vida, también se ha de creer que éstos fueron superiores a los demás en gloria; por lo menos en este reino de los cielos, esto es, la Iglesia, vemos su petición cumplida; porque a Juan se le dio asiento en Asia, que está a la diestra de Jerusalén; y a Santiago en España, que está a la parte siniestra. ¡Cuánta gloria de nuestra España! ¡Cuánto favor de Dios es haber recibido tal Patrón, uno de los tres más amados de Dios! ¡Gloria favor, Señor, porque en tanto la estimaste, y porque la quieres tanto, aunque puesta en el fin del mundo! Ciertamente que no la estimaras tanto, y dotaras de un tan gran patrón, sino es porque había de ser grande. Porque, aunque al principio bárbara y rústica, con todo eso permaneció siempre en ella tu fe y reverencia pura y limpia. Mira a Achaia, Egipto, la India, Asia, Grecia: todas se han asolado; y de las provincias cristianas muchas se han dañado. España principalmente guarda y conserva la fe, libre por los méritos y patrocinio deste santísimo Apóstol. Porque ocuál es tener en la corte celestial tal patrón? Y aunque alguna vez la hayan ocupado los infieles, pero fue libertada con su auxilio y socorro; donde se lee en las historias de los apóstoles haberse visto muchas veces personalmente en las batallas. ¡Oh, cuánta honra debe España a este tan gran patrón! Ciertamente que esta fiesta se había de celebrar en España con todo gozo y regocijo, como día de Pascua, porque es nuestra fiesta principal. Por sus méritos entendemos que esta orden militar llegó a tan alta cumbre de gloria. Porque ¿qué orden hay en todo el mundo más esclarecida, de quien el emperador Carlos Quinto es el primero?

Señor, setenta años habrá, o cuanto mucho ochenta, que este grande y apostólico y prodigioso Santo predicó este sermón a vuestro bisabuelo; y entonces ya había mil y quinientos años que Santiago era nuestro patrón; y dijo este Santo: O *quantus honor debetur ab Hispania huic tanto Patrono!* ¡Oh cuánta honra debe España a este tan gran patrón! ¿Pues cómo se juzgará hoy que sobra la del patronato a sus méritos, si el Santo dice que ésta es pequeña, y que se le debe después dél mucha más? ¡Oh Santo español y buen español, que añadistes: Vere hoc festum cum omni gaudio, et exultatione celebrandum est in Hispania sicut Pascha. De verdad esta fiesta con toda alegría y todo regocijo se había de celebrar en España como Pascua. ¿Y pretenderán, cuando su fiesta se había de crecer a Pascua, disminuirla y por el arbitrio de los Procuradores de Corte entristecerla? Señor, estas palabras son de Santo Tomás de Villanueva: obedézcaldas V. M. como debe, y desembarace para ellas sus oídos de peticiones demasiadas, que siempre fueron forzosa persecución de las majestades (*Memorial*, p. 229).

Y en el propio *Epítome* los alaba: «Y esto fue de tal suerte, que los sermones que hoy se leen suyos impresos no deben nada a ninguno de los santos doctores y padres antiguos; y para quien los supiere leer, y acompañare con espíritu la doctrina, hablan en ellos la agudeza de San Agustín y la profundidad y dulzura de otro santo Tomás» (p. 68b).

<sup>55</sup> De hecho, Quevedo alude a su Historia inconclusa en varias ocasiones: «como consta de su profesión, que va en la Historia» (*Epítome*, p. 60a); «lo que en ellos conocieron en los sucesos y confesaron por las cartas que se verán en la Historia» (p. 60b); «y por no llegar a historia el epítome, sólo referiré lo que le pasó

días (*Epítome*, Preliminares, p. 56). Las prisas se deben a la inminente beatificación del arzobispo: Quevedo firma el prólogo el 10 de agosto y el 18 de septiembre de 1620 se vendía en las calles de Madrid. Pudiera resultar paradójico que un escritor tan cuidadoso en sus palabras publique su primera obra con tanta urgencia, pero las circunstancias obligaban<sup>56</sup>.

La obra se enmarca en las vidas de santos. La primera obra en prosa publicada de Quevedo es hagiográfica; la última escrita, *La caída para levantarse*, también. En el *A quien leyere* del *Epítome*, Quevedo expone su particular poética hagiográfica. La empleará, sin duda, para el resto de sus obras del mismo género. Éstas son sus palabras:

Debe pues ser la intención de quien escribe vidas de santos, sola caridad de los que vivimos, poniéndonos delante por guía costumbres y acciones que nos lleven por buen camino y nos hallen en la multitud de las sendas de perdición aquella vereda por donde los sabios y los buenos, que descansan en el Señor, arribaron a la paz y al descanso. Ni se puede dudar que quien escribe las vidas de los justos los lisonjea cortésmente, con dar en la relación de su vida ocasión a que otros se animen a servir y agradar a Dios nuestro Señor; pues en cierta manera hacen que, aun después de muertos, desde la sepultura estén ocasionando buenos deseos y buenas obras. Y si el escribir historia moral y profana es de tanta estimación en la república, porque se ofrece a quien imitemos en virtudes grandes, no puede carecer de precio referir hechos gloriosos de los santos varones, donde se alimenta el espíritu en cosas importantes a la república interior. Este celo me ha persuadido a escribir la vida, las costumbres y la muerte del bienaventurado fray Tomás de Villanueva en este epítome; y siempre lo será la historia donde más corriere la pluma. (*Epítome*, p. 57)<sup>57</sup>

Dos ideas destacan en este prólogo: de un lado, la ejemplaridad de la vida de los santos, su honra y aprovechamiento aun después de muertos; de otro, la preeminencia que goza el género hagiográfico frente a otros. No hay que olvidar que es ésta la primera obra publicada por Quevedo y parece que le quiere otorgar un valor añadido al tema tratado; porque, finalmente, Quevedo fue antes reconocido por obras que se acercan más a la «historia moral y profana» de «tanta estimación en la república» que a sus hagiografías. Nuestro autor, por lo tanto, subraya la importancia del género interna y externamente, es decir, desde el apartado doctrinalmente provechoso y desde la perspectiva de la recepción externa de la obra.

con un jubetero» (p. 65b). No sabemos hasta qué punto Quevedo tenía acceso a datos sobre el santo que sin duda obraban celosamente en poder de los agustinos.

<sup>56</sup> No será la primera vez que se pueda rastrear los escasos días de composición de algunos textos quevedianos. Otro ejemplo de composición demostrada en pocos días lo tenemos en el memorial *Execración contra los judíos*.

<sup>57</sup> Sigue hasta el final con este interesante párrafo centrado en el santo y en la circunstancia concreta de su vida, aplicada vagamente aquí a la situación de España: «Si se mira lo mucho que trabajó en la virtud y las grandes maravillas que obró Dios por él, será Dios glorificado en sus obras, los hombres tendrán de quien aprender, pues en todos estados y en diferentes cargos enseñó a ser súbditos y preladados. Daré ocasión en que la devoción se ejercite, y a estos tiempos conocimiento de tan santo arzobispo, y nuevo crédito a las dignidades de España; pues en tantas calamidades nos ha acordado de los tiempos en que producía España Eugenio y Ildefonsos y otros muchos, que con su ejemplo y a su imitación y por su ruego continuará Dios nuestro Señor en estos reinos» (*Epítome*, p. 57).

El *Epítome* sigue el modelo hagiográfico del personaje *obispo celoso de su feligresía*, dividida en cuatro capítulos en casi todas las ediciones, incluida la *princeps*. Fernández-Guerra añade un V capítulo, sin tener en cuenta la disposición retórica de los argumentos: cada capítulo acaba con una clara *peroratio* que naturalmente falta en el apócrifo V capítulo que añade Fernández Guerra (p. 67b). Las *perorationes* de los capítulos, en las que se resume y pondera aquellos datos ofrecidos en el desarrollo de cada apartado, se distinguen perfectamente también por el uso de la *exclamatio* y de otras figuras afectivas que subrayan el valor conativo del texto.

En este apretado resumen de las peripecias del santo, desde su nacimiento extraordinario hasta su muerte santa, aderezadas de anécdotas, hechos milagrosos encauzados a largo de sus desplazamientos y estancia en Valencia<sup>58</sup>, destacan, sin embargo, algunas referencias quevedianas a asuntos que, como se ve, le preocupaban ya a estas alturas. Y son preocupaciones políticas y eclesiásticas más que religiosas. Habrá que subrayar, como ya ha hecho Pablo Jauralde<sup>59</sup>, las alusiones de Quevedo al oficio de rey y ministro:

No puede tener ningún ministro cerca de sí el buen príncipe que tan de importancia le sea como memoria solícita de los méritos y cuidadosa de los justos y santos. Éste es ministro que Dios puso tan adentro en todos, que está avecinado en el alma; y cuando los reyes tienen fama fuera de sí y permiten que otro hombre haga el oficio que Dios encargó a su memoria, achacosa tiene la voluntad y no con buena salud el entendimiento. (*Epítome*, p. 62b)

Por estas fechas, ya había escrito Quevedo el *Discurso de las privanzas* y seguramente ya había concebido la idea y redactado algunas páginas de la primera parte de *Política de Dios*, obras que desarrollarán por extenso este asunto. Pero Quevedo también aprovecha para zaherir ciertas costumbres eclesiásticas ajenas al espíritu del Santo:

¿Cómo se podrá pasar en el libro de la postrera cuenta a los obispos y arzobispos, por los contadores de Dios, la partida de los frutos de la Iglesia que se habían de gastar en almas, pobres y necesidades, y se han gastado en mulas de acompañamiento, coches y literas? Bien lo entendió nuestro Santo de otra suerte; que fue a ser tesorero de la hacienda de los pobres, no dueño y señor. (*Epítome*, p. 63a)

Y mostróse en esto tan buen tutor y padre de los pobres, que por concierto sobre libranzas acetadas le prestó [al Virrey] diez mil ducados, que se cobraron luego. No sé cómo leerán este suceso los que usan de otra manera de las rentas eclesiásticas. (*Epítome*, p. 64a)

El *Epítome* es la primera obra en prosa publicada por Quevedo, pero no ha de sorprender que muestre ese afán aleccionador que le acompañó toda la vida, con ideas que repetirá contumaz y temerariamente a lo largo de sus escritos futuros. De hecho, Carmen Peraita, en un magnífico y reciente análisis, explica el *Epítome* desde las

<sup>58</sup> Para la poética del género hagiográfico que Quevedo sigue aquí, véanse los trabajos clásicos de Delehayé, 1921 y 1955; Aigrain, 1953; Grégoire, 1987. Será de utilidad también, para las características de algunos santos y la iconología tópica que los acompaña, Holweck, 1924.

<sup>59</sup> 1998, p. 414.

concomitancias con otras obras políticas y circunstanciales de Quevedo subrayando no tanto su valor hagiográfico como político y hasta cortesano. Y coincido con ella cuando afirma que la obra interesa más ahora por este carácter ajeno al tema hagiográfico y por la posibilidad de situarla en el contexto de piezas como *Mundo caduco y desvaríos de la edad* (ca. 1620), *Grandes anales de quince días* (1621-1624) o el *Comentario a la carta del rey don Fernando el Católico* (1621). Es, por otra parte, un buen ejemplo de reescritura quevediana en el que se demuestra el proceso de modificación de las fuentes empleadas por el escritor, como explica la profesora Peraita<sup>60</sup>.

Otra obra integrada en el concepto de hagiografía tradicional es —o más bien, sería, si estuviera completa— *El martirio pretensor del mártir ... padre Marcelo Francisco Mastrili*. Su origen tiene también una motivación, podríamos decir, externa o circunstancial. Es el primero de sus últimos trabajos. Lo escribió en prisión, en 1640, una vez recuperado de la conmoción inicial de su situación más extrema. No es casual que esté dedicado a la Compañía de Jesús y a uno de sus recientes y señalados mártires. Sin embargo, no llegó a concluirlo, a pesar de presentarlo de nuevo como epítome («oso escribir este epítome, que abultarán algunas consideraciones, no porque importa a la historia, sino a mí», p. 73). Y la respuesta se puede parecer a la que hemos dado, en parte, para la no aparición de la *Historia* extensa de Fray Tomás de Villanueva: otro se le ha adelantado<sup>61</sup>. En este caso, nada menos que el jesuita Juan Eusebio Nieremberg, quien publicaba, en 1640, una vida completa del mártir. En su dedicatoria «A la sagrada religión de la Compañía de Jesús», Quevedo escribe:

Leí la misión apostólica que imprimió en Lisboa el muy docto padre Ignacio Stafford, el año 1639. Diose a la estampa en Madrid, este año de 640, la misma misión y historia con el título de *Vida del venerable y apostólico varón Marcelo Francisco Mastrili*, en mayor volumen, y tan exactamente cuidados, como prometía el ser su autor el eruditísimo, muy ejemplar y piadoso padre Joan Eusebio Nieremberg. Retiro en su alabanza mis palabras, conociendo cuánto mejor cobro darán de ella sus obras. Y cuando debiera acobardarme habiendo leído esta vida y muerte, repetida en dos tan graves autores, me arrojé a escribirla. La devoción que me anima, cuando no me disculpe el nombre de temerario, me defenderá el de fervoroso. (*El martirio pretensor del mártir*, p. 72)

Ciertamente, no le acobardaba a Quevedo que otros hubiesen escrito sobre el mismo asunto; antes bien, su probada capacidad para la reescritura hace brillar textos ajenos. Sin embargo, no será esta la única ocasión en la que nuestro autor abandone una obra por haber aparecido otra que estima difícilmente superable<sup>62</sup>. No olvidemos el prestigio del jesuita y la admiración que le tenía el propio Quevedo. Abandonada por esta causa

<sup>60</sup> Peraita, 2000.

<sup>61</sup> Ver Jauralde, 1980.

<sup>62</sup> «Es bastante probable que muchas de sus empresas en este campo [la edición de obras eruditas] se vieran truncadas por la aparición en letra de molde de obras semejantes: *España defendida...* (1609) pudo abandonarse, además de por graves razones históricas, por la publicación del *Vocabulario* (1612) de Covarrubias, en donde la acumulación de sabiduría etimológica dejaba escaso lugar a sus lucubraciones filológicas; su vida del Padre Marcelo Mastrilli, que empezó a redactar en San Marcos, porque anduvo más ligero el Padre Nieremberg en publicar la suya; etcétera» (Jauralde, 1998, p. 881).

o por la azarosa vida de prisión, Quevedo no continúa la obra comenzada. Tal vez también en esta elección inicial tenga que ver una razón externa: el deseo de acercamiento a la Compañía de Jesús. Lo justifica Pablo Jauralde en su última monografía:

La actividad apunta inequívocamente, sin embargo, a una de sus obsesiones durante estos años carcelarios finales: buscar el contacto, el halago y la protección de los jesuitas, quizá porque se le ha querido implicar en la lucha «contra teatinos», atribuyéndole un panfleto —de 1639— que lleva precisamente ese título, pero no es suyo.<sup>63</sup>

En fin, *El martirio pretensor del mártir ...*, al estar en una fase tan inicial, no deja traslucir más que intenciones: la circunstancial —el acercamiento a la Compañía de Jesús—; la genérica, encuadrada claramente en las vidas de santos, que es la que aquí interesa; y la textual y ecdótica, porque el escaso texto autógrafo que se conserva aun no demuestra ninguna flaqueza en el autor y, además, el cuadernillo nos indica muy claramente la manera de proceder de Quevedo: redacta las obras desde el principio, dándole ya inicialmente la forma de libro, con las dedicatorias e introducciones previas, para continuar con el cuerpo de la narración<sup>64</sup>.

Un grupo final de obras mayores, escritas o reescritas en la prisión de San Marcos, tiene relación bastante directa con el género hagiográfico: unas por el tono, el estilo y la estructura; otras por el tema. Sin duda, la *Primera parte de la vida de Marco Bruto*, redactada tal vez en su mayor parte al inicio de los años 30, pero perfilada en los últimos de la prisión, es una clara ilustración de vida ejemplar, como se ha señalado.

Otra obra fronteriza genéricamente es *La constancia y paciencia del Santo Job*. Marciano Martín Pérez, por ejemplo, vacila en clasificarla entre los comentarios escriturísticos y las hagiografías<sup>65</sup>. Sucederá algo similar con *La caída para levantarse*. Pero si la construcción de la obra debe mucho al comentario de las escrituras —evidentemente al *Libro de Job*, pero sobre todo a otras fuentes<sup>66</sup>— su estructura y, sobre todo, el tema general y el tono principal de la obra, recuerda el género hagiográfico o al menos el uso que de ese género hace Quevedo. Y será precisamente su uso particular el que se debe subrayar más allá de las técnicas habituales del comentario escriturístico o del seguimiento fiel o no del género hagiográfico, el cual, con todo,

<sup>63</sup> Jauralde, 1998, pp. 781-782. Ese acercamiento se concreta en una relación intensa con los jesuitas en los años de su prisión en San Marcos, como últimamente ha demostrado, por medio de unas cartas inéditas, James O. Crosby quien se dedica, en estos años, al estudio de los últimos de Quevedo. En esta parte final de la biografía del poeta cobra una importancia radical su relación con los jesuitas y la comunicación epistolar que Quevedo entabla con alguno de ellos. El profesor Crosby editará, según ha anunciado, este epistolario entre Quevedo y los jesuitas. Sobre todo ello, véanse sus trabajos, 1997 y 1998.

<sup>64</sup> Jauralde, 1998, p. 954.

<sup>65</sup> Martín Pérez, 1980, p. 170 y p. 176.

<sup>66</sup> Es de subrayar la confesión de fuentes que hace el propio Quevedo al final del texto: «Constantemente sigo al doctísimo y eruditísimo padre Saliano en el tomo primero, admirando que en seis hojas comentó la paciencia de Job, sin cargarla. En las demás cuestiones, en que solamente la conjetura determina, detengo la pluma en estas preciosas palabras de Tertuliano...» (*Job*, 248a). Para las fuentes de la obra, ver el clásico trabajo de Del Piero, 1969.

parece gozar de un estatuto particular para Quevedo, que hace a sus cultivadores voz misma de Dios:

Las plumas que Dios dedica a escribir las memorias de sus siervos, primero hacen mención de sus virtudes y bienes espirituales que los de naturaleza y fortuna: éstos son tan peligrosos, que si no se afianzan en aquéllos, se vuelven males. La atención bien informada no pudiera leer sin susto relación que empezara por tanta opulencia y grandeza. (*Job*, p. 219a)

En este ennoblecimiento del escritor hagiográfico, Quevedo se muestra, una vez más, preocupado por la poética del género, la cual intenta cumplir o justificar a su modo.

Sin embargo, una de las características fundamentales de la escritura del *Job* quevediano es la mezcla hábil e interesada de comentarios referidos al Santo y sus derivaciones morales y doctrinales con las alusiones más o menos evidentes a su situación personal. Se trata de una actitud que el escritor repite en muchos casos<sup>67</sup>, en ocasiones más claramente que otros, y parece que en éste, además de en otra obra similar como *La caída*, es evidente. Víctor García de la Concha ya lo señala en un trabajo clásico:

Todo el libro está permeado de estas referencias al proceso personal del autor, que van tejiendo, en contrapunto, la denuncia de los agentes del mal y un análisis de los engaños y malicia de la política que allí le tiene encarcelado. Desconocer este eje de vertebración de la obra equivale a desenfocar su lectura, reduciéndola a una exégesis acrónica, que no es. Tampoco resulta admisible, desde luego, contraerla al predio del desahogo en la adversa coyuntura personal. La peculiar paz de la prisión, con libros, asesoramiento de cultura religiosa y tiempo de reflexión, facilita a Quevedo la culminación de proyectos de obras que habían ido quedando aplazadas entre los afanes de cada día.<sup>68</sup>

El discurso quevediano en su *Job* está entreverado de sentencias y comentarios que si ahora parecen evidentes referencias a su situación personal de entonces, para sus contemporáneos tal vez incluso harían palidecer la exégesis moral y más impersonal que propone en el plano escriturístico o estrictamente hagiográfico. Podemos entresacar aquellos más llamativos, pero es necesario subrayar que una lectura total de la obra deja en la mente del lector ese regusto de queja personal que estos incisos provocan. Las alusiones de Quevedo tienen que ver con su situación calamitosa y desgraciada<sup>69</sup>, las delaciones e informaciones interesadas (p. 229b)<sup>70</sup>, la situación del preso:

El miserable que va a visitar al preso, no teme la cárcel en que está el amigo, sino la obligación que tiene a sacarle della.

<sup>67</sup> Sobre esta perspectiva claramente interesada de Quevedo, ver Fernández Mosquera, 1998.

<sup>68</sup> García de la Concha, 1982, pp. 190-191.

<sup>69</sup> Véase su amplia digresión sobre la calamidad (*Job*, p. 232a).

<sup>70</sup> «Decir todo lo malo, suyo es y de los suyos. Ninguna otra cosa molesta tanto la noticia y la atención como lenguas y plumas que lo bueno lo hacen malo, y lo malo peor; que dicen todo lo malo, y callan todo lo bueno. Esto parece le sucedió a Job...» (p. 229b).

«Callar el que acusa al justo, porque le parece que no tiene culpa, y no decir que es inocente, es confesar la suya y su malicia» (p. 240a).

El cobarde que ve a su amigo acosado de muchos, no teme el aprieto que le ve padecer, sino en el que se halla de socorrerle... (p. 233b)<sup>71</sup>

y no faltan las pullas políticas que podrían ser entendidas para bien o para mal del que las escribió:

¡Severa lección para los reyes, que pueden parar en un muladar, que el ceño de la majestad puede desnudarse de púrpura y vestirse de gusanos, que unos reyes a otros (amigos y vecinos) se miren en los trabajos de lejos y no se conozcan! (p. 229b)

Quevedo aprovecha cualquier género, aquí el comentario escriturístico y la vida de santos, para relatar y clamar por su situación personal. Tal vez ahora, en los años últimos de su prisión, sea el momento y el lugar en que la interpretación autobiográfica de su obra esté más justificada; quizá ahora, con los padecimientos de su prisión, se justifique más fácilmente esta actitud de Quevedo que, por otra parte, es constante en su obra más circunstancial.

Ya Ernest Mérimée señaló esta afición quevediana por dejar ver su vida en sus obras: «la plupart des écrits de Quevedo ne sont que le commentaire de sa vie et de ses malheurs»<sup>72</sup>. Se trata de una afirmación generalizadora que, con matices, puede resultar válida. Y lo comprobamos en estas dos últimas obras hagiográficas como el *Job y La caída para levantarse*.

Hace algunos años, dos importantes hispanistas francesas dedicaron unos trabajos esenciales a la presencia del yo y del discurso autobiográfico en la obra de Quevedo. Michèle Gendreau-Massaloux titulaba su trabajo «Quevedo et la déviation de l'autobiographie: *Je est un autre*»<sup>73</sup> referido a alguna obra de Quevedo en la que la falacia de la primera persona provocaba malinterpretaciones biográficas. Esta fundamental aclaración fue recogida y sabiamente matizada por Josette Riandière La Roche<sup>74</sup>, quien habla de un efecto autobiográfico:

Nous n'y trouvons donc qu'un effet d'autobiographie, qui tient à l'emploi de la première personne, à l'identité du locuteur et de l'auteur, et à la formulation d'une *pensée* indiscutablement personnelle; mais le discours s'y arrête, immanquablement, aux frontières mêmes de la biographie.<sup>75</sup>

<sup>71</sup> «Bien se conoce cuán delincuentes y facinorosas son todas estas locuras mal presumidas. Pues todas las comete quien viendo a otro en trabajos y calamidades, se las agrava y aumenta; como si Dios necesitara, para acabarle de arruinar, de que le asistiesen auxiliares su envidia o su odio. Y los que viendo a otro preso, dicen que había de estar en un palo, no exceden en aconsejar a Dios lo que presumen que debe hacer y no hace» (p. 237b).

<sup>72</sup> Mérimée, 1886, p. 275.

<sup>73</sup> Gendreau-Massaloux, 1980a.

<sup>74</sup> Riandière La Roche, 1988. Sobre este mismo asunto, años después y menos brillantemente, coincido en la diferenciación de la primera persona y la biografía de Quevedo en mi artículo de 1997.

<sup>75</sup> Riandière, 1988, p. 78; ver también p. 84: «Ainsi ne trouverons-nous de confidences que dans ses lettres aux plus intimes de ses amis, ou dans des documents promis au secret. [...] Cependant le lecteur du xx<sup>e</sup> siècle, englué dans la subjectivité propre aux sociétés que fondent les valeurs individualistes du monde

Pues bien, retomando el título de Michèle Gendreau, se puede decir que Quevedo, en estas obras —al menos en *La constancia y paciencia del Santo Job* y en *La caída para levantarse*— no es un *yo* primera persona que se detiene en las fronteras de la biografía, sino, al contrario, es un *otro que es yo*, es decir, un personaje (*otro*) que asume la biografía del *yo* (Quevedo); un personaje que sirve para ejemplificar, para ilustrar la biografía personal del propio escritor<sup>76</sup>. Quevedo se muestra como ejemplo en los otros. La gran soberbia de Quevedo estriba en explicar su vida por medio de Job o de San Pablo y nunca, claro, por medio de la de Pablos o de la de un jaque: el poeta interpreta la vida del personaje *pro domo sua*, escogiendo a protagonistas realmente ejemplares. Algo similar hace en la *Execración contra los judíos* cuando se autoriza por medio de la del profeta: Quevedo equipara siempre que puede su voz, sea aleccionadora, devota, erudita o penitente, con personajes de gran nobleza moral o de probada e indiscutible ejemplaridad. Y ésta es una de las modificaciones esenciales que Quevedo inflige al género hagiográfico: el aprovechamiento personalizador de la vida ejemplar que relata. Y además tiene lugar en un momento en que es humanamente explicable dicho abuso genérico.

La última obra de Quevedo, *La caída para levantarse*, es el más claro ejemplo de esta «desviación» genérica. No es infrecuente en el siglo XVII, sin embargo, que la hagiografía cumpla otros papeles alejados del meramente devocional. La simbiosis político-religiosa del momento facilitaba los ecos políticos en obras hagiográficas. Así lo ha señalado Valentina Nider:

Questi aspetti dell'opera corrispondono appieno alla prassi, vigente all'epoca, di utilizzare la materia agiografica per l'elaborazione di modelli efficaci sia per la propaganda politica, sia per quella religiosa, fondate entrambe sul rigoroso rispetto delle stesse leggi del decoro che enunciavano tanto el programma educativo controriformista come la «cultura dirigida» barocca.<sup>77</sup>

Esto se ha visto también en los memoriales santiaguistas de Quevedo (también aquí recordado a propósito del montante de Pablo que heredó Santiago en la defensa de España) y en otras de sus obras hagiográficas, aunque parece más extremado en *La caída*, especialmente en las controversias señaladas entre Pablo y Bernabé y entre San Pedro y San Pablo, plenamente políticas<sup>78</sup>. La plurisignificación intencionada e interesada de obras como *La caída* distinguen la utilización que hace Quevedo del

moderne, s'obstine à chercher la biographie de Quevedo dans d'hypothétiques discours à la première personne».

<sup>76</sup> Esta misma idea está presente en otro trabajo de Gendreau-Massaloux, 1980b, aunque tal vez de una manera no tan explícita, en la versión «positiva» como ella declara de la desviación autobiográfica de los héroes quevedianos.

<sup>77</sup> Nider, ed. de *La caída*, p. 62.

<sup>78</sup> «L'ambiguo rapporto fra testo sacro e sua applicazione esemplarmente “politica” continua nelle due controversie nelle quali Quevedo, pur basandosi interamente su esempi biblici e sull'autorità di Padri della Chiesa e di noti commentatori, affronta temi di indubbia risonanza politica e vasta tradizione letteraria come la liceità o meno della dissimulazione e il classico “divide et impera”» (Nider, ed. de *La caída*, p. 36).

género hagiográfico, por otra parte bien representado y perfectamente resuelto en esta vida de San Pablo<sup>79</sup>. Pero lo que nos interesa ahora subrayar es la más personal de las diferencias quevedianas con respecto a otras actitudes más neutras con respecto al género que desarrolla: su aprovechamiento personal, su planteamiento autobiográfico. Decía en 1980 Michèle Gendreau:

Don Francisco, que ya había esbozado una representación de sí como ejemplo literario, utiliza la imitación como recurso a la vez literario y moral. En una época en que la autobiografía en el sentido moderno no existe como género, resuelve la contradicción entre la legitimidad de la expresión y de la negación de sí mismo construyendo un yo escogido, que inserta la experiencia propia en un molde preexistente para poder darle coherencia, para transformar su ser-para-la-muerte en una no perecedora imagen. Negación de la escritura pasatiempo, el arte de la retórica quevedesca encierra una necesidad íntima: se trata de crear un yo que no esté sujeto a la ley de los vivientes, de los que están sentenciados a existir, para siempre, más allá de su esencia.<sup>80</sup>

No se puede explicar mejor esa actitud de Quevedo ante los héroes santos en los que se refleja. Pero se puede explicar menos benévola y menos trascendientemente. Quevedo no se proyecta en los héroes, sino que se identifica con ellos de manera un tanto impúdica para los lectores menos benevolentes y lo hace también en una actitud pragmática que si bien puede esconder un afán de dibujar un yo que supere la muerte y viva en la fama de la historia, también busca la supervivencia más directa de sus últimos días, su justificación ante la España de su tiempo, su defensa pública y política para la que no le habían dado tribuna ni voz.

En estas obras, Quevedo aparece en más de una ocasión con su propio yo, explícitamente, con expresiones incluso de humildad para introducir sus comentarios más personales. El relato de su detención —«Quiero hablar de mí mismo: deberé a mi pluma lo que quien leyere deberá a mi ejemplo» (*Job*, p. 228a)— es un caso claro<sup>81</sup>. Pero no serán este tipo de intervenciones —frecuentes por otra parte como incisos dentro de la narración en ocasiones forzosamente integrados— las más interesantes. Serán mucho más eficaces retórica y pragmáticamente aquellas intervenciones que identifican velada pero inequívocamente a Quevedo con las figuras de Job o San Pablo

<sup>79</sup> Para el análisis de la obra, en todos sus aspectos, desde el hagiográfico hasta el biográfico y político, me remito al excelente estudio y edición de la obra de Valentina Nider ya citada. Sobre el desarrollo hagiográfico de la obra, dice la hispanista italiana: «Seguendo una consuetudine letteraria diffusa all'epoca, Quevedo elabora un racconto agiografico mirato ad esaltare la componente contraddittoria e paradossale dell'azione della Provvidenza divina che sceglie come campione della fede proprio uno dei suoi più implacabili persecutori. Mentre in altri casi l'inserimento del racconto agiografico in una più ampia prospettiva rimane superficiale e limitato al solo titolo, quest'ultimo, nella *Caída para levantarse* esprime veramente nella sua enunciazione paradossale l'idea portante dell'opera.» (Nider, ed. de *La caída*, p. 30).

<sup>80</sup> Gendreau, 1980b, p. 24.

<sup>81</sup> En *La caída*, la peroración final es también una clara invocación personal: «Ya que en la gloria eterna —donde por singular prerrogativa entraste segunda vez— gozas el premio de méritos tan soberanos, vuelve esos ojos, que miran con duplicado oriente, a este tu devoto que en prisión y cadenas de cuatro años empezé a escribir, para tu gloria y consuelo, las tuyas y tu martirio» (p. 290).

o las injusticias por ellos padecidas. Así párrafos ya señalados como autobiográficos<sup>82</sup> de este tipo son:

Si el ser acusado presupusiera culpa, nadie hubiera inocente en el mundo, y la envidia y el odio y la venganza presumieran de virtudes, dándolas por libres de la calumnia, infame solar de su descendencia. La acusación es hija del odio y madre de la venganza: dícela el que aborrece, óyela el que teme. El envidioso la da voz, el tirano crédito. Éste aborrece al que advierte, desprecia al que aconseja, premia al que acusa. No advierten los miserablemente poderosos que la acusación más veces mira a la introducción del que la hace que al útil del que la admite. Aquéllos creen, sin aguardar probanza, las acusaciones que merecen padecer los delitos de ellas: suple los testigos la conciencia rea. (pp. 253-254)<sup>83</sup>

Por no citar la tenida por más clara identificación de la cabeza degollada del apóstol con el posible retrato del poeta (pp. 288-289), aunque las consideraciones más interesantes sean las de carácter político:

Incesablemente os está aquel rostro yerto gritando a los que asistís a los reyes y cerráis sus lados en vuestra asistencia: atajad las impías maquinaciones de los magos que los encantan; arruinad los tramoyeros que los divierten; precipitad el vuelo a los Ícaros que con plumas de cera osan escribir en el cielo los embustes por milagros; desatad los lazos con que la hermosura de las mujeres obliga a los emperadores a que vayan presos de un ceño, y a que padezcan en un cabello señorío; temed más ver a la majestad esclava de su apetito que enojarla. Mejor os está padecer su castigo que dejarla padecer su culpa. Si en vuestros príncipes la naturaleza de hombre mancillare lo soberano de la dignidad con pecados, buscad el cuchillo en su enmienda, antes que su favor en su ruina; pasad, en la caridad del alma, más allá de la vida el amor a vuestros monarcas; aprended de mí que, muerto por su orden, volví después de tres días a solicitar con desengaño la salud eterna en el conocimiento de Jesucristo para Nerón. (p. 289)

La hagiografía de Quevedo, desde este punto de vista, es interesada, como lo es otro tipo de escritura quevediana más circunstancial, pero tampoco pierde, por esa razón, el carácter hagiográfico con el que están propuestas estas obras, a pesar de las desviaciones personalistas señaladas.

En fin, tienen los santos un protagonismo capital en la literatura y en la vida de Quevedo. No hace falta justificarlo en la España del XVII. Con todo, su importancia es mayor de lo que aparentemente pudiera parecer. Su primera obra publicada, el *Epítome* y su última obra escrita, *La caída para levantarse*, pertenecen al género hagiográfico aunque deban interpretarse también utilizando otras claves, sean personales, históricas o políticas. Pero más allá de la estricta elaboración de obras de género, los santos son

<sup>82</sup> Michèle Gendreau, 1977, pp. 397-399. Véanse, también, las notas de Nider (*La caída*, pp. 253-254) a este fragmento en el que recuerda esa misma idea en otras obras de Quevedo, lo que demuestra que esta preocupación por la acusación y la delación rebasa la circunstancialidad de su prisión.

<sup>83</sup> Y poco más adelante: «Danos este suceso de San Pablo toda la enseñanza de la acusación apasionada y de la defensa religiosa y cortés. ¡Con cuán desenfadada insolencia se precipitan los calumniadores en presencia de los ministros particulares! pues los hemos visto acompañar los oprobrios con la violencia de las manos, y a los jueces no sólo aplaudir el furor, sino mandarle» (p. 259).

protagonistas de la obra y de la vida de Quevedo. Aparecen como referentes esencialmente folclóricos en su poesía burlesca y en su prosa satírica; son apoyo constante en sus argumentaciones más eruditas; son ejemplo identificativo de sus penalidades y, por último, algunos santos son, según el propio poeta, su vivo retrato.

### Referencias bibliográficas

- AIGRAIN, René, *L'hagiographie. Ses sources. Ses Méthodes. Son histoire*, Paris, Bloud & Gay, 1953.
- ARELLANO, Ignacio, *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*, Pamplona, EUNSA, 1984.
- BOUVIER, René, *Quevedo, hombre del diablo, hombre de Dios*, trad. Roberto Bula Piriz, Buenos Aires, Losada, 1945.
- CROSBY, James O., *En torno a la poesía de Quevedo*, Madrid, Castalia, 1969.
- , «La última prisión de Quevedo: documentos atribuidos, atribuibles y apócrifos», *La Perinola*, 1, 1997, pp. 101-122.
- , «Cuarenta y dos cartas de Quevedo a dos jesuitas distinguidos», *La Perinola*, 2, 1998, pp. 215-235.
- DAVIS, E. B., *The religious poetry of Francisco de Quevedo*, Yale University Ph. D., 1975.
- , «Hagiographic Jest in Quevedo: Tradition and Departure», *Modern Language Notes*, 104, 2, 1989, pp. 315-329.
- DEL PIERO, Raúl A., «Las fuentes del Job de Quevedo», *Boletín de Filología* (Chile), 20, 1969, pp. 17-133.
- DELEHAYE, Hippolyte, *Les Passions des martyrs et les genres littéraires*, Bruxelles, Société des Bollandistes, 1921.
- , *Les légendes hagiographiques*, Bruxelles, Société des Bollandistes, 1955<sup>4</sup>, reimp. de 1973.
- FERNÁNDEZ MOSQUERA, Santiago, «Reescritura, intertextualidad y desviación temática en Quevedo», *Quevedo y su tiempo, Edad de Oro*, 13, 1994, pp. 47-63.
- , «Ideología y literatura: perturbaciones literarias en la exégesis ideológica de la obra de Quevedo», *La Perinola*, 1, 1997, pp. 151-169.
- , «El sermón, el tratado, el memorial: la escritura interesada de Quevedo», *La Perinola*, 2, 1998, pp. 63-86.
- , «La hora de la reescritura en Quevedo», *Criticón*, 79, 2000, pp. 65-86.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, «Quevedo exégeta y moralista: comentario y discurso sobre el Job», en *Homenaje a Quevedo, Academia Literaria Renacentista*, ed. Víctor García de la Concha, Salamanca, 1982, pp. 187-211.
- GENDREAU-MASSALOUX, Michèle, *Héritage et création: recherches sur l'humanisme de Quevedo*, thèse présentée devant l'Université de Paris IV en 1975, Lille-Paris, Honoré Champion, 1977.
- , «Quevedo et la déviation de l'autobiographie: *Je est un autre*», en *L'autobiographie dans le Monde Hispanique. Actes du Colloque International de la Baume-lès-Aix (11-12-13 mai 1979)*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1980a, pp. 205-216.
- , «Quevedo en sus héroes», *Criticón*, 12, 1980b, pp. 15-24.
- GRÉGOIRE, Réginald, *Manuale di agiologia: introduzione alla letteratura agiografica*, Fabriano, Monastero San Silvestro Abate, 1987.
- HOLWECK, F.G., *A Biographical Dictionary of the Saints. With a General Introduction of Hagiology*, London, Herder, 1924.
- JAURALDE, Pablo, «¿Escribió Quevedo una biografía extensa de Sto. Tomás de Villanueva?», *Mayéutica*, 6, 1980, pp. 70-77.

- , «Obras de Quevedo en la prisión de San Marcos», *Hispanic Review*, 5, 1982, pp. 159-171.
- , *Francisco de Quevedo, 1580-1645*, Madrid, Castalia, 1998.
- LÓPEZ POZA, Sagrario, *Quevedo y la literatura patristica*, La Coruña, Universidad, 1992.
- MARTÍN PÉREZ, Marciano, *Quevedo. Aproximación a su religiosidad*, Burgos, Ediciones Aldecoa, 1980.
- MARTINENGO, Alessandro, «La Vida de Quevedo de Paolo Tarsia: *Discours et récit*», en *Homenaje a Quevedo, Academia Literaria Renacentista*, ed. Víctor García de la Concha, Salamanca, 1982, pp. 59-68.
- , «La muerte de Porcia: ¿un recurso retórico? (de Plutarco al Marco Bruto de Quevedo)», en *Littérature et Politique en Espagne aux siècles d'or*, ed. de Jean-Pierre Étienvre, Paris, Klincksieck, 1998, pp. 409-421.
- MÉRIMÉE, Ernest, *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Paris, Alphonse Picard, 1886.
- PERAITA, Carmen, «Observaciones preliminares para anotar el *Epítome a la historia de fray Tomás de Villanueva* de Quevedo», *La Perinola*, 4, 2000, pp. 251-266.
- PLATA PARGA, Fernando, «Inquisición y censura en el siglo XVIII: el *Parnaso español* de Quevedo», *La Perinola*, 1, 1997, pp.173-188.
- QUEVEDO, Francisco de, *El Buscón*, ed. de Fernando Cabo, Barcelona, Crítica, 1993.
- , *La caída para levantarse*, ed. de Valentina Nider, Pisa, Giardini Editori, 1994.
- , *La constancia y paciencia del Santo Job, en sus pérdidas, enfermedades y persecuciones*, en *Obras Completas. Prosa*, ed. A. Fernández-Guerra, Madrid, Atlas (BAE, 48), 1951, pp. 213-248.
- , *Epítome a la Historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del bienaventurado Fray Tomás de Villanueva, religioso de la orden de San Agustín y arzobispo de Valencia*, en *Obras Completas. Prosa*, ed. A. Fernández-Guerra, Madrid, Atlas (BAE, 48), 1951, pp. 55-70.
- , *El martirio pretensor del mártir, el único y singular mártir solicitado por el martirio, venerable, apostólico y nobilísimo padre Marcelo Francisco Mastrili*, en *Obras Completas. Prosa*, ed. A. Fernández-Guerra, Madrid, Atlas (BAE, 48), 1951, pp. 71-74.
- , *Memorial por el patronato de Santiago y por todos los santos naturales de España, en favor de la elección de Cristo Nuestro Señor*, en *Obras Completas. Prosa*, ed. A. Fernández-Guerra, Madrid, Atlas (BAE, 23), 1946, pp. 223-234.
- , *Obras Completas*, Verso, ed. de Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932.
- , *Obras Completas, Prosa*, ed. de Felicidad Buendía, Aguilar, Madrid, 1986<sup>6</sup>.
- , *Poesía original completa*, ed. de J. M. Blecua Barcelona, Planeta, 1981
- , *Los sueños*, ed. de Ignacio Arellano, Madrid, Cátedra, 1991.
- , *Virtud militante. Contra las cuatro pestes...*, ed. de A. Rey Álvarez, Santiago, Universidad, 1985.
- RAMÓN PONT, Antonio, *Pedro Crisólogo en Francisco de Quevedo*, Alicante, Universidad, 1997.
- RIANDIÈRE LA ROCHE, Josette, «Recherches sur la structure de la *Vida de Marco Bruto* de Quevedo», *Les langues néo-latines*, 217, 1976, pp. 50-73.
- , «Discours autobiographique de Quevedo», en *Écrire sur soi en Espagne, Actes du III<sup>e</sup> Colloque International d'Aix-en-Provence (4-5-6 Décembre 1986)*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1988, pp. 73-87.
- ROIG MIRANDA, Marie, *Le paradoxe dans la «Vida de Marco Bruto» de Quevedo*, Paris, Collection de l'École Normale Supérieure de Jeunes Filles, 14, 1980.
- , «Jules César, Marcus Brutus et Marc-Antoine vus par Quevedo», en *Regards sur le passé dans l'Europe des XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles. Actes du Colloque tenu à Nancy (décembre 1995)*, organisé par le Groupe de Recherche «XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles en Europe» de l'Université Nancy II, Bern, Lang, 1997, pp. 365-374.

- SCHWARTZ, Lía e Ignacio ARELLANO, *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, Barcelona, Crítica, 1998.
- TARSIA, Pablo de, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas ... escrita por el Abad don Pablo de Tarsia, por Pablo del Val*, Madrid, 1663, ed. de Felipe B. Pedraza, Aranjuez, Editorial Ara Iovis, 1988.
- UGALDE, Victoriano, «*Vida de Marco Bruto: un discurso de Quevedo*», en *Estudios en homenaje a Enrique Ruiz-Fornells*, eds. J. Fernández Jiménez, José J. Labrador y L. Teresa Valdivieso, Erie, ALDEEU, 1990, pp. 650-657.
- VAÁLLO, Carlos, «*Imágenes matemáticas y economía del discurso en la Vida de Marco Bruto de Quevedo*», en *Littérature et Politique en Espagne aux siècles d'or*, ed. de Jean-Pierre Étienne, Paris, Klincksieck, 1998, pp. 393-407.

\*

FERNÁNDEZ MOSQUERA, Santiago. «Quevedo y los santos». En *Criticón* (Toulouse), 92, 2004, pp. 7-37.

**Resumen.** Importancia capital de los santos en la obras y en la vida de Quevedo. Aparecen como referentes esencialmente folklóricos en su poesía burlesca y en su prosa satírica; son apoyo constantes en sus argumentaciones más erúditas; son ejemplo identificativo de sus penalidades; y, por último, algunos santos son el propio poeta, su retrato.

**Résumé.** Importance capitale des saints dans l'œuvre et dans la vie de Quevedo. Les saints sont des référents folkloriques dans sa poésie burlesque et sa prose satirique; ils viennent étayer constamment ses démonstrations érudites; ils servent d'exemples auxquels s'identifier dans le malheur; certains d'entre eux, enfin, ne sont autres que le poète lui-même, son portrait.

**Summary.** Great importance of saints in Quevedo's life and works. They appear as folkloric referents in his burlesque poetry and his satirical prose. They contribute substantially as cornerstones in his discourse when it is at its most erudite, and serve as examples with which he can identify in times of strife. Other saints function as an embodiment of the poet himself, as his portrait, so to speak.

**Palabras clave.** *Buscón*, *El Caída para levantarse*, *La. Constancia y paciencia del Santo Job*, *La. Hagiografía. Memorial por el patronato de Santiago*. Panteón burlesco. QUEVEDO, Francisco de. Santos. *Vida de Santo Tomás de Villanueva*. *Vida de Marcelo Francisco Mastrili*.

# *Resonare silvas*

La tradición bucólica en la  
poesía del siglo XVI



Soledad Pérez-Abadín Barro

UNIVERSIDADE  
DE SANTIAGO  
DE COMPOSTELA

publicacións